



El conde
Lucanor
Don Juan Manuel

Lo que sucedió a un hombre bueno con su hijo

(Cuento II)

Otra vez, hablando el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, le dijo que estaba muy preocupado por algo que quería hacer, pues, si acaso lo hiciera, muchas personas encontrarían motivo para criticárselo; pero, si dejara de hacerlo, creía él mismo que también se lo podrían censurar con razón. Contó a Patronio de qué se trataba y le rogó que le aconsejase en este asunto.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, ciertamente sé que encontraréis a muchos que podrían aconsejaros mejor que yo y, como Dios os hizo de buen entendimiento, mi consejo no os hará mucha falta; pero, como me lo habéis pedido, os diré lo que pienso de este asunto. Señor Conde Lucanor -continuó Patronio-, me gustaría mucho que pensarais en la historia de lo que ocurrió a un hombre bueno con su hijo.

El conde le pidió que le contase lo que les había pasado, y así dijo Patronio:

-Señor, sucedió que un buen hombre tenía un hijo que, aunque de pocos años, era de muy fino entendimiento. Cada vez que el padre quería hacer alguna cosa, el hijo le señalaba todos sus inconvenientes y, como hay pocas cosas que no los tengan, de esta manera le impedía llevar acabo algunos proyectos que eran buenos para su hacienda. Vos, señor conde, habéis de saber que, cuanto más agudo entendimiento tienen los jóvenes, más inclinados están a confundirse en sus negocios, pues saben cómo comenzarlos, pero no saben cómo los han de terminar, y así se equivocan con gran daño para ellos, si no hay quien los guíe. Pues bien, aquel mozo, por la sutileza de entendimiento y, al mismo tiempo, por su poca experiencia, abrumaba a su padre en muchas cosas de las que hacía. Y cuando el padre hubo soportado largo tiempo este género de vida con su hijo, que le molestaba constantemente con sus observaciones, acordó actuar como os contaré para evitar más perjuicios a su hacienda, por las cosas que no podía hacer y, sobre todo, para aconsejar y mostrar a su hijo cómo debía obrar en futuras empresas.

»Este buen hombre y su hijo eran labradores y vivían cerca de una villa. Un día de mercado dijo el padre que irían los dos allí para comprar algunas cosas que necesitaban, y acordaron llevar una bestia para traer la carga. Y camino del mercado, yendo los dos a pie y la bestia sin carga alguna, se encontraron con unos hombres que ya volvían. Cuando, después de los saludos habituales, se separaron unos de otros, los que volvían empezaron a decir entre ellos que no les parecían muy juiciosos ni el padre ni el hijo, pues los dos caminaban a pie mientras la bestia iba sin peso alguno. El buen hombre, al oírlo, preguntó a su hijo qué le parecía lo que habían dicho aquellos hombres, contestándole el hijo que era verdad, porque, al ir el animal sin carga, no era muy sensato que ellos dos fueran a pie. Entonces el padre mandó a su hijo que subiese en la cabalgadura.

»Así continuaron su camino hasta que se encontraron con otros hombres, los cuales, cuando se hubieron alejado un poco, empezaron a comentar la equivocación del padre, que, siendo anciano y viejo, iba a pie, mientras el mozo, que podría caminar sin fatigarse, iba a lomos del animal. De nuevo preguntó el buen hombre a su hijo qué pensaba sobre lo que habían dicho, y este le contestó que parecían tener razón. Entonces el padre mandó a su hijo bajar de la bestia y se acomodó él sobre el animal.

»Al poco rato se encontraron con otros que criticaron la dureza del padre, pues él, que estaba acostumbrado a los más duros trabajos, iba cabalgando, mientras que el joven, que aún no estaba acostumbrado a las fatigas, iba a pie. Entonces preguntó aquel buen hombre a su hijo qué le parecía lo que decían estos otros, replicándole el hijo que, en su opinión, decían la verdad. Inmediatamente el padre mandó a su hijo subir con él en la cabalgadura para que ninguno caminase a pie.

»Y yendo así los dos, se encontraron con otros hombres, que comenzaron a decir que la bestia que montaban era tan flaca y tan débil que apenas podía soportar su peso, y que estaba muy mal que los dos fueran montados en ella. El buen hombre preguntó otra vez a su hijo qué le parecía lo que habían dicho

aquellos, contestándole el joven que, a su juicio, decían la verdad. Entonces el padre se dirigió al hijo con estas palabras:

»-Hijo mío, como recordarás, cuando salimos de nuestra casa, íbamos los dos a pie y la bestia sin carga, y tú decías que te parecía bien hacer así el camino. Pero después nos encontramos con unos hombres que nos dijeron que aquello no tenía sentido, y te mandé subir al animal, mientras que yo iba a pie. Y tú dijiste que eso sí estaba bien. Después encontramos otro grupo de personas, que dijeron que esto último no estaba bien, y por ello te mandé bajar y yo subí, y tú también pensaste que esto era lo mejor. Como nos encontramos con otros que dijeron que aquello estaba mal, yo te mandé subir conmigo en la bestia, y a ti te pareció que era mejor ir los dos montados. Pero ahora estos últimos dicen que no está bien que los dos vayamos montados en esta única bestia, y a ti también te parece verdad lo que dicen. Y como todo ha sucedido así, quiero que me digas cómo podemos hacerlo para no ser criticados de las gentes: pues íbamos los dos a pie, y nos criticaron; luego también nos criticaron, cuando tú ibas a caballo y yo a pie; volvieron a censurarnos por ir yo a caballo y tú a pie, y ahora que vamos los dos montados también nos lo critican. He hecho todo esto para enseñarte cómo llevar en adelante tus asuntos, pues alguna de aquellas monturas teníamos que hacer y, habiendo hecho todas, siempre nos han criticado. Por eso debes estar seguro de que nunca harás algo que todos aprueben, pues si haces alguna cosa buena, los malos y quienes no saquen provecho de ella te criticarán; por el contrario, si es mala, los buenos, que aman el bien, no podrán aprobar ni dar por buena esa mala acción. Por eso, si quieres hacer lo mejor y más conveniente, haz lo que creas que más te beneficia y no dejes de hacerlo por temor al qué dirán, a menos que sea algo malo, pues es cierto que la mayoría de las veces la gente habla de las cosas a su antojo, sin pararse a pensar en lo más conveniente.

»Y a vos, Conde Lucanor, pues me pedís consejo para eso que deseáis hacer, temiendo que os critiquen por ello y que igualmente os critiquen si no lo hacéis, yo os recomiendo que, antes de comenzar, miréis el daño o provecho que os puede causar, que no os confiéis sólo a vuestro juicio y que no os dejéis engañar por la fuerza de vuestro deseo, sino que os dejéis aconsejar por quienes sean inteligentes, leales y capaces de guardar un secreto. Pero, si no encontráis tal consejero, no debéis precipitaros nunca en lo que hayáis de hacer y dejad que pasen al menos un día y una noche, si son cosas que pueden posponerse. Si seguís estas recomendaciones en todos vuestros asuntos y después los encontráis útiles y provechosos para vos, os aconsejo que nunca dejéis de hacerlos por miedo a las críticas de la gente.

El consejo de Patronio le pareció bueno al conde, que obró según él y le fue muy provechoso.

Y, cuando don Juan escuchó esta historia, la mandó poner en este libro e hizo estos versos que dicen así y que encierran toda la moraleja:

*Por críticas de gentes, mientras que no hagáis mal,
buscad vuestro provecho y no os dejéis llevar.*

FIN

Lo que sucedió a una mujer que se llamaba doña Truhana

(cuento VII)

Otra vez estaba hablando el Conde Lucanor con Patronio de esta manera:

-Patronio, un hombre me ha propuesto una cosa y también me ha dicho la forma de conseguirla. Os aseguro que tiene tantas ventajas que, si con la ayuda de Dios pudiera salir bien, me sería de gran utilidad y provecho, pues los beneficios se ligan unos con otros, de tal forma que al final serán muy grandes.

Y entonces le contó a Patronio cuanto él sabía. Al oírlo Patronio, contestó al conde:

-Señor Conde Lucanor, siempre oí decir que el prudente se atiene a las realidades y desdeña las fantasías, pues muchas veces a quienes viven de ellas les suele ocurrir lo que a doña Truhana.

El conde le preguntó lo que le había pasado a esta.

-Señor conde -dijo Patronio-, había una mujer que se llamaba doña Truhana, que era más pobre que rica, la cual, yendo un día al mercado, llevaba una olla de miel en la cabeza. Mientras iba por el camino, empezó a pensar que vendería la miel y que, con lo que le diesen, compraría una partida de huevos, de los cuales nacerían gallinas, y que luego, con el dinero que le diesen por las gallinas, compraría ovejas, y así fue comprando y vendiendo, siempre con ganancias, hasta que se vio más rica que ninguna de sus vecinas.

»Luego pensó que, siendo tan rica, podría casar bien a sus hijos e hijas, y que iría acompañada por la calle de yernos y nueras y, pensó también que todos comentarían su buena suerte pues había llegado a tener tantos bienes aunque había nacido muy pobre.

»Así, pensando en esto, comenzó a reír con mucha alegría por su buena suerte y, riendo, riendo, se dio una palmada en la frente, la olla cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Doña Truhana, cuando vio la olla rota y la miel esparcida por el suelo, empezó a llorar y a lamentarse muy amargamente porque había perdido todas las riquezas que esperaba obtener de la olla si no se hubiera roto. Así, porque puso toda su confianza en fantasías, no pudo hacer nada de lo que esperaba y deseaba tanto.

»Vos, señor conde, si queréis que lo que os dicen y lo que pensáis sean realidad algún día, procurad siempre que se trate de cosas razonables y no fantasías o imaginaciones dudosas y vanas. Y cuando quisierais iniciar algún negocio, no arriesguéis algo muy vuestro, cuya pérdida os pueda ocasionar dolor, por conseguir un provecho basado tan sólo en la imaginación.

Al conde le agradó mucho esto que le contó Patronio, actuó de acuerdo con la historia y, así, le fue muy bien.

Y como a don Juan le gustó este cuento, lo hizo escribir en este libro y compuso estos versos:

*En realidades ciertas os podéis confiar,
mas de las fantasías os debéis alejar.*

FIN

Lo que sucedió al león y al toro

(cuento XXII)

Hablaba otra vez el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le dijo así:

-Patronio, tengo un amigo muy poderoso y muy ilustre, del que hasta ahora sólo he recibido favores, pero me dicen que no sólo he perdido su estimación sino que, además, busca motivos para venir contra mí. Por eso tengo dos grandes preocupaciones: si se levanta contra mí, me puede ser muy perjudicial; y si, por otra parte, descubre mis sospechas y mi alejamiento, él hará otro tanto, por lo cual nuestras desavenencias irán en aumento y romperemos nuestra amistad. Por la gran confianza que siempre me habéis merecido, os ruego que me aconsejéis lo más prudente para mí en este asunto.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, para que podáis evitaros todo eso, me gustaría que supierais lo que sucedió al león y al toro.

El conde le rogó que se lo contara.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, el león y el toro eran muy amigos y, como los dos son muy fuertes y poderosos, dominaban y sometían a los demás animales; pues el león, ayudado por el toro, reinaba sobre todos los animales que comen carne, y el toro, con la ayuda del león, lo hacía sobre todos los que comen hierba. Cuando todos los animales comprendieron que el león y el toro los dominaban por la ayuda que se prestaban el uno al otro, y que ello les producía graves daños, hablaron entre sí para ver la forma de acabar con su tiranía. Vieron que, si lograban desavenir al león y al toro, podrían romper el yugo de su dominio, por lo cual los animales rogaron a la zorra y al carnero, que eran los privados del león y del toro respectivamente, que buscasen el medio de romper su alianza. La zorra y el carnero prometieron hacer cuanto pudiesen para conseguirlo.

»La zorra, consejera del león, pidió al oso, que es el animal más fuerte y poderoso de los que comen carne después del león, que le dijera a este cómo el toro hacía ya tiempo que buscaba hacerle mucho daño, por lo cual, y aunque no fuera verdad pues se lo habían dicho hacía ya varios días, debía estar precavido.

»Lo mismo dijo el carnero, consejero del toro, al caballo, que es el animal más fuerte entre los que se alimentan de hierba después del toro.

»El oso y el caballo dieron este aviso al león y al toro, que aunque no lo creyeron del todo, pues algo sospechaban de quienes eran casi tan fuertes como ellos, creyendo que buscaban su desavenencia, no por ello dejaron de sentir cierto recelo mutuo. Por lo cual, los dos, león y toro, hablaron con la zorra y con el carnero, que eran sus privados. Estos dijeron a sus señores que quizás el oso y el caballo les habían contado aquello para engañarlos, pero no obstante les aconsejaban observar bien dichos y hechos que de allí en adelante hicieran el león y el toro, para que cada uno obrase según lo que viera en el otro.

»Al oír esto, creció la sospecha entre el león y el toro, por lo que los demás animales, viendo que aquellos empezaban a recelar el uno del otro, empezaron a propagar abiertamente sus desconfianzas, que, sin duda, eran debidas a la mala intención que cada uno guardaba contra el otro.

»La zorra y el carnero, que sólo buscaban su conveniencia como falsos consejeros y habían olvidado la lealtad que debían a sus señores, en lugar de decirles la verdad, los engañaron. Tantas veces previnieron al uno contra el otro que la amistad entre el león y el toro se trocó en mutua aversión; los animales, al verlos así enemistados, pidieron una y otra vez a sus jefes que entrasen en guerra y, aunque les daban a entender que sólo miraban por sus intereses, buscaban los propios, haciendo y consiguiendo que todo el daño cayese sobre el león y el toro.

»Así acabó esta lucha: aunque el león hizo más daño al toro, disminuyendo mucho su poder y su autoridad, salió él tan debilitado que ya nunca pudo ejercer su dominio sobre los otros animales de su especie ni sobre los de otras distintas, ni cogerlos para sí como antes. Así, dado que el león y el toro no comprendieron que, gracias a su amistad y a la ayuda que se prestaban el uno al otro, eran respetados y temidos por el resto de los animales, y porque no supieron conservar su alianza, desoyendo los malos consejos que les daban quienes querían sacudirse su yugo y conseguir, en cambio, que fueran el león y el toro los sometidos, estos quedaron tan debilitados que, si antes eran ellos señores y dominadores, luego fueron ellos los sojuzgados.

»Vos, señor Conde Lucanor, evitad que quienes os hacen sospechar de vuestro amigo consigan que rompáis con él, como hicieron los animales con el león y el toro. Por ello os aconsejo que, si ese amigo vuestro es persona leal y siempre os ha favorecido con buenas obras, dando pruebas de su lealtad, y si tenéis con él la misma confianza que con un buen hijo o con un buen hermano, no creáis nada que os digan en su contra. Por el contrario, será mejor que le digáis las críticas que os hagan de él, con la seguridad de que os contará las que le lleguen de vos, castigando además a quienes urdan esas mentiras para que otros no se atrevan a levantar falsos testimonios. Pero si se trata de una persona que cuenta con vuestra amistad sólo por un tiempo, o por necesidad, o sólo casualmente, no hagáis ni digáis nada que pueda llevarle a pensar que sospecháis de él o que podéis retirar su favor, mas disimulad sus errores, que de ninguna manera podrá haceros tanto daño que no podáis prevenirlo con tiempo suficiente, como sería el que recibiríais si rompéis vuestra alianza por escuchar a los malos consejeros, como ocurrió en el cuento. Además, a ese amigo hacédle ver con buenas palabras cuán necesaria es la colaboración mutua y recíproca para él y para vos; así, haciéndole mercedes y favores y mostrándole vuestra buena disposición, no recelando de él sin motivo, no creyendo a los envidiosos y embusteros y demostrándole que tanto necesitáis su ayuda como él la vuestra, durará la amistad entre los dos y ninguno caerá en el error en que cayeron el león y el toro, lo que les llevó a perder todo su dominio sobre los demás animales.

Al conde le gustó mucho este consejo de Patronio, obró de acuerdo con sus enseñanzas y le fue muy bien.

Y viendo don Juan que el cuento era muy bueno, lo mandó escribir en este libro e hizo unos versos que dicen así:

*Por dichos y por obras de algunos mentirosos,
no rompas tu amistad con hombres provechosos.*

FIN

Lo que sucedió al rey Abenabet de Sevilla con su mujer Romaiquia

(cuento XXX)

Un día hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, de este modo:

-Patronio, hay un hombre que continuamente me está rogando que le ayude y que le favorezca con algún dinero. Aunque cada vez que lo hago me dice que me lo agradece, cuando me vuelve a pedir, si no le doy más, me da la impresión de que olvida todo lo que anteriormente le haya dado. Por vuestro buen entendimiento os ruego que me aconsejéis el modo de portarme con él.

-Señor conde Lucanor -respondió Patronio-, me parece que os está pasando con este hombre lo que sucedió al rey Abenabet de Sevilla con su mujer Romaiquia.

El conde le preguntó qué le había sucedido.

-Señor conde Lucanor -dijo Patronio-, el rey Abenabet estaba casado con Romaiquia y amábala más que a nadie en el mundo. Ella fue muy buena, hasta el punto de que sus dichos y hechos se refieren aún entre los moros; pero tenía el defecto de ser muy caprichosa y antojadiza.

Sucedió que una vez, estando en Córdoba, en el mes de febrero, empezó a caer nieve. Cuando Romaiquia vio la nieve comenzó a llorar. Preguntóle el rey por qué lloraba. Ella respondió que porque nunca la llevaba a sitios donde nevara. Como Córdoba es tierra cálida donde sólo nieva muy de tarde en tarde, el rey entonces, por agradarla, mandó plantar almendros por toda la sierra, para que, cuando al florecer por el mes de febrero aparecieran cubiertos de nieve, satisficiera ella su deseo de verla.

Otra vez, estando en su cámara, que daba al río, vio la reina a una mujer del pueblo que, descalza, pisaba lodo para hacer adobes. Cuando la vio Romaiquia se puso a llorar. Preguntóle el rey por qué lloraba. Contestóle que porque nunca podía hacer lo que quería, aunque fuera una cosa tan inocente como la que estaba haciendo aquella mujer. El rey entonces, por complacerla, mandó llenar de agua de rosas el estanque grande que hay en Córdoba, y en vez de lodo hizo echar en él azúcar, canela, espliego, clavo, hierbas olorosas, ámbar, algalia y todas las demás especies y perfumes que pudo encontrar, y poner en él un pajonal de cañas de azúcar.

Cuando el estanque estuvo lleno de estas cosas, con las que se hizo el lodo que podéis imaginar, llamó a Romaiquia y le dijo que se descalzase y pisara lodo e hiciera con él cuantos adobes quisiera.

Otro día, por otra cosa que se le antojó, comenzó a llorar. Preguntóle el rey por qué lloraba. Respondióle que cómo no iba a llorar si nunca él hacía nada por tenerla contenta. El rey, viendo que habla hecho tanto por darle gusto y satisfacer sus caprichos y que ya no podía hacer más, le dijo en árabe:

Wa la nahar at-tin?, lo que quiere decir: *¿Ni siquiera el día del lodo?*, como dándole a entender que, pues olvidaba las otras cosas, no debía olvidarse del lodo que mandó hacer por agradarla.

Vos, señor conde Lucanor, si veis que, aunque hagáis mucho por ese hombre, si no hacéis todo lo que él os pide, luego se olvida y no agradece lo que hayáis hecho, no hagáis por él nada que os perjudique; también os aconsejo que, si alguno os favorece en algo, no os mostréis con él desagradecido al bien que os hiciere.

El conde tuvo este consejo por bueno, lo puso en práctica y le fue muy bien.

Viendo don Juan que esta historia era buena la hizo poner en este libro y escribió unos versos que dicen así:

*A quien no te agradezca lo que has hecho
no sacrifiques nunca tu provecho.*

FIN

Lo que sucedió a un ciego que llevaba a otro

(cuento XXXIV)

En esta ocasión hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, de esta manera:

-Patronio, un familiar mío, en quien confío totalmente y de cuyo amor estoy seguro, me aconseja ir a un lugar que me infunde cierto temor. Mi pariente me insiste y dice que no debo tener miedo alguno, pues antes perdería él la vida que consentir mi daño. Por eso, os ruego que me aconsejéis qué debo hacer.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, para aconsejaros debidamente me gustaría mucho que supierais lo que le ocurrió a un ciego con otro.

Y el conde le preguntó qué había ocurrido.

-Señor conde -continuó Patronio-, un hombre vivía en una ciudad, perdió la vista y quedó ciego. Y estando así, pobre y ciego, lo visitó otro ciego que vivía en la misma ciudad, y le propuso ir ambos a otra villa cercana, donde pedirían limosna y tendrían con qué alimentarse y sustentarse.

»El primer ciego le dijo que el camino hasta aquella ciudad tenía pozos, barrancos profundos y difíciles puertos de montaña; y por ello temía hacer aquel camino.

»El otro ciego le dijo que desechase aquel temor, porque él lo acompañaría y así caminaría seguro. Tanto le insistió y tantas ventajas le contó del cambio, que el primer ciego lo creyó y partieron los dos.

»Cuando llegaron a los lugares más abruptos y peligrosos, cayó en un barranco el ciego que, como conocedor del camino, llevaba al otro, y también cayó el ciego que sospechó los peligros del viaje.

»Vos, señor conde, si justificadamente sentís recelo y la aventura es peligrosa, no corráis ningún riesgo a pesar de lo que vuestro buen pariente os propone, aunque os diga que morirá él antes que vos; porque os será de muy poca utilidad su muerte si vos también corréis el mismo peligro y podéis morir.

El conde pensó que era este un buen consejo, obró según él y sacó de ello provecho.

Y viendo don Juan que el cuento era bueno, lo mandó poner en este libro e hizo unos versos que dicen así:

*Nunca te metas donde corras peligro
aunque te asista un verdadero amigo.*

FIN

ROALD DAHL

RELATOS DE LO INESPERADO



CIRCULO DE LECTORES

CORDERO ASADO

La habitación estaba limpia y acogedora, las cortinas corridas, las dos lámparas de mesa encendidas, la suya y la de la silla vacía, frente a ella. Detrás, en el aparador, dos vasos altos de whisky. Cubos de hielo en un recipiente.

Mary Maloney estaba esperando a que su marido volviera del trabajo.

De vez en cuando echaba una mirada al reloj, pero sin preocupación, simplemente para complacerse de que cada minuto que pasaba acercaba el momento de su llegada. Tenía un aire sonriente y optimista. Su cabeza se inclinaba hacia la costura con entera tranquilidad. Su piel —estaba en el sexto mes del embarazo— había adquirido un maravilloso brillo, los labios suaves y los ojos, de mirada serena, parecían más grandes y más oscuros que antes.

Cuando el reloj marcaba las cinco menos diez, empezó a escuchar, y pocos minutos más tarde, puntual como siempre, oyó rodar los neumáticos sobre la grava y cerrarse la puerta del coche, los pasos que se acercaban, la llave dando vueltas en la cerradura.

Dejó a un lado la costura, se levantó y fue a su encuentro para darle un beso en cuanto entrara.

—¡Hola, querido! —dijo ella.

—¡Hola! —contestó él.

Ella le colgó el abrigo en el armario. Luego volvió y preparó las bebidas, una fuerte para él y otra más floja para ella; después se sentó de nuevo con la costura y su marido enfrente con el alto vaso de whisky entre las manos, moviéndolo de tal forma que los cubitos de hielo golpeaban contra las paredes del vaso. Para ella ésta era una hora maravillosa del día. Sabía que su esposo no quería hablar mucho antes de terminar la primera bebida, y a ella, por su parte, le gustaba sentarse silenciosamente, disfrutando de su compañía después de tantas horas de soledad. Le gustaba vivir con este hombre y sentir —como siente un bañista al calor del sol— la influencia que él irradiaba sobre ella cuando estaban juntos y solos. Le gustaba su manera de sentarse descuidadamente en una silla, su manera de abrir la puerta o de andar por la habitación a grandes zancadas. Le gustaba esa intensa mirada de sus ojos al fijarse en ella y la forma graciosa de su boca, especialmente cuando el cansancio no le dejaba hablar, hasta que el primer vaso de whisky le reanimaba un poco.

—¿Cansado, querido?

—Sí —respondió él—, estoy cansado.

Mientras hablaba, hizo una cosa extraña. Levantó el vaso y bebió su contenido de una sola vez aunque el vaso estaba a medio llenar.

Ella no lo vio, pero lo intuyó al oír el ruido que hacían los cubitos de hielo al volver a dejar él su vaso sobre la mesa. Luego se levantó lentamente para servirse otro vaso.

—Yo te lo serviré —dijo ella, levantándose.

—Siéntate —dijo él secamente.

Al volver observó que el vaso estaba medio lleno de un líquido ambarino.

—Querido, ¿quieres que te traiga las zapatillas? Le observó mientras él bebía el whisky.

—Creo que es una vergüenza para un policía que se va haciendo mayor, como tú, que le hagan andar todo el día —dijo ella.

El no contestó; Mary Maloney inclinó la cabeza de nuevo y continuó con su costura. Cada vez que él se llevaba el vaso a los labios se oía golpear los cubitos contra el cristal.

—Querido, ¿quieres que te traiga un poco de queso? No he hecho cena porque es jueves.

—No —dijo él.

—Si estás demasiado cansado para comer fuera —continuó ella—, no es tarde para que lo digas. Hay carne y otras cosas en la nevera y te lo puedo servir aquí para que no tengas que moverte de la silla.

Sus ojos se volvieron hacia ella; Mary esperó una respuesta, una sonrisa, un signo de asentimiento al menos, pero él no hizo nada de esto.

—Bueno —agregó ella—, te sacaré queso y unas galletas.

—No quiero —dijo él.

Ella se movió impaciente en la silla, mirándole con sus grandes ojos.

—Debes cenar. Yo lo puedo preparar aquí, no me molesta hacerlo. Tengo chuletas de cerdo y cordero, lo que quieras, todo está en la nevera.

—No me apetece —dijo él.

—¡Pero querido! ¡Tienes que comer! Te lo sacaré y te lo comes, si te apetece.

Se levantó y puso la costura en la mesa, junto a la lámpara.

—Siéntate —dijo él—, siéntate sólo un momento. Desde aquel instante, ella empezó a sentirse atemorizada.

—Vamos —dijo él—, siéntate.

Se sentó de nuevo en su silla, mirándole todo el tiempo con sus grandes y asombrados ojos. El había acabado su segundo vaso y tenía los ojos bajos.

—Tengo algo que decirte.

—¿Qué es ello, querido? ¿Qué pasa?

El se había quedado completamente quieto y mantenía la cabeza agachada de tal forma que la luz de la lámpara le daba en la parte alta de la cara, dejándole la barbilla y la boca en la oscuridad.

—Lo que voy a decirte te va a trastornar un poco, me temo —dijo—, pero lo he pensado bien y he decidido que lo mejor que puedo hacer es decírtelo en seguida. Espero que no me lo reproches demasiado.

Y se lo dijo. No tardó mucho, cuatro o cinco minutos como máximo. Ella no se movió en todo el tiempo, observándolo con una especie de terror mientras él se iba separando de ella más y más, a cada palabra.

—Eso es todo —añadió—, ya sé que es un mal momento para decírtelo, pero no hay otro modo de hacerlo. Naturalmente, te daré dinero y procuraré que estés bien cuidada. Pero no hay necesidad de armar un escándalo. No sería bueno para mi carrera.

Su primer impulso fue no creer una palabra de lo que él había dicho. Se le ocurrió que quizá él no había hablado, que era ella quien se lo había imaginado todo. Quizá si continuara su trabajo como si no hubiera oído nada, luego, cuando hubiera pasado algún tiempo, se encontraría con que nada había ocurrido.

—Prepararé la cena —dijo con voz ahogada.

Esta vez él no contestó.

Mary se levantó y cruzó la habitación. No sentía nada, excepto un poco de náuseas y mareo. Actuaba como un autómata. Bajó hasta la bodega, encendió la luz y metió la mano en el congelador, sacando el primer objeto que encontró. Lo sacó y lo miró. Estaba envuelto en papel, así que lo desenvolvió y lo miró de nuevo.

Era una pierna de cordero.

Muy bien, cenarían pierna de cordero. Subió con el

cordero entre las manos y al entrar en el cuarto de estar encontró a su marido de pie junto a la ventana, de espaldas a ella.

Se detuvo.

—Por el amor de Dios —dijo él al oírla, sin volverse—, no hagas cena para mí. Voy a salir.

En aquel momento, Mary Maloney se acercó a él por detrás y sin pensarlo dos veces levantó la pierna de cordero congelada y le golpeó en la parte trasera de la cabeza tan fuerte como pudo. Fue como si le hubiera pegado con una barra de acero. Retrocedió un paso, esperando a ver qué pasaba, y lo gracioso fue que él quedó tambaleándose unos segundos antes de caer pesadamente en la alfombra.

La violencia del golpe, el ruido de la mesita al caer por haber sido empujada, la ayudaron a salir de su ensimismamiento.

Salió retrocediendo lentamente, sintiéndose fría y confusa, y se quedó por unos momentos mirando el cuerpo inmóvil de su marido, apretando entre sus dedos el ridículo pedazo de carne que había empleado para matarle.

«Bien —se dijo a sí misma—, ya lo has matado.»

Era extraordinario. Ahora lo veía claro. Empezó a pensar con rapidez. Como esposa de un detective, sabía cuál sería el castigo; de acuerdo. A ella le era indiferente. En realidad sería un descanso. Pero por otra parte. ¿Y el niño? ¿Qué decía la ley acerca de las asesinas que iban a tener un hijo? ¿Los mataban a los dos, madre e hijo? ¿Esperaban hasta el noveno mes? ¿Qué hacían?

Mary Maloney lo ignoraba y no estaba dispuesta a arriesgarse.

Llevó la carne a la cocina, la puso en el horno, encendió éste y la metió dentro. Luego se lavó las manos y subió a su habitación. Se sentó delante del espejo, arregló su cara, puso un poco de rojo en los labios y polvo en las mejillas. Intentó sonreír, pero le salió una mueca. Lo volvió a intentar.

—Hola, Sam —dijo en voz alta. La voz sonaba rara también.

—Quiero patatas, Sam, y también una lata de guisantes.

Eso estaba mejor. La sonrisa y la voz iban mejorando. Lo ensayó varias veces. Luego bajó, cogió el abrigo y salió a la calle por la puerta trasera del jardín.

Todavía no eran las seis y diez y había luz en las tiendas de comestibles.

—Hola, Sam —dijo sonriendo ampliamente al hombre que estaba detrás del mostrador.

—¡Oh, buenas noches, señora Maloney! ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias. Quiero patatas, Sam, y una lata de guisantes.

El hombre se volvió de espaldas para alcanzar la lata de guisantes.

—Patrick dijo que estaba cansado y no quería cenar fuera esta noche —le dijo—. Siempre solemos salir los jueves y no tengo verduras en casa.

—¿Quiere carne, señora Maloney?

—No, tengo carne, gracias. Hay en la nevera una pierna de cordero.

—¡Oh!

—No me gusta asarlo cuando está congelado, pero voy a probar esta vez. ¿Usted cree que saldrá bien?

—Personalmente —dijo el tendero—, no creo que haya ninguna diferencia. ¿Quiere estas patatas de Idaho?

—¡Oh, sí, muy bien! Dos de esas.

—¿Nada más? —El tendero inclinó la cabeza, mirándola con simpatía—. ¿Y para después? ¿Qué le va a dar luego?

—Bueno. ¿Qué me sugiere, Sam?

El hombre echó una mirada a la tienda.

—¿Qué le parece una buena porción de pastel de queso? Sé que le gusta a Patrick.

—Magnífico —dijo ella—, le encanta.

Cuando todo estuvo empaquetado y pagado, sonrió agradablemente y dijo:

—Gracias, Sam. Buenas noches.

Ahora, se decía a sí misma al regresar, iba a reunirse con su marido, que la estaría esperando para cenar; y debía cocinar bien y hacer comida sabrosa porque su marido estaría cansado; y si cuando entrara en la casa encontraba algo raro, trágico o terrible, sería un golpe para ella y se volvería histérica de dolor y de miedo. ¿Es que no lo entienden? Ella no esperaba encontrar nada. Simplemente era la señora Maloney que volvía a casa con las verduras un jueves por la tarde para preparar la cena a su marido.

«Eso es —se dijo a sí misma—, hazlo todo bien y con naturalidad. Si se hacen las cosas de esta manera, no habrá necesidad de fingir.»

Por lo tanto, cuando entró en la cocina por la puerta trasera, iba canturreando una cancioncilla y sonriendo.

—¡Patrick! —llamó—, ¿dónde estás, querido? Puso el paquete sobre la mesa y entró en el cuarto de estar. Cuando le vio en el suelo, con las piernas dobladas y uno de los brazos debajo del cuerpo, fue un verdadero golpe para ella.

Todo su amor y su deseo por él se despertaron en aquel momento. Corrió hacia su cuerpo, se arrodilló a su lado y empezó a llorar amargamente. Fue fácil, no tuvo que fingir.

Unos minutos más tarde, se levantó y fue al teléfono. Sabía el número de la jefatura de Policía, y cuando le contestaron al otro lado del hilo, ella gritó:

—¡Pronto! ¡Vengan en seguida! ¡Patrick ha muerto!

—¿Quién habla?

—La señora Maloney, la señora de Patrick Maloney.

—¿Quiere decir que Patrick Maloney ha muerto?

—Creo que sí —gimió ella—. Está tendido en el suelo y me parece que está muerto.

—Iremos en seguida —dijo el hombre.

El coche vino rápidamente. Mary abrió la puerta a los dos policías. Los reconoció a los dos en seguida —en realidad conocía a casi todos los del distrito— y se echó en los brazos de Jack Noonan, llorando histéricamente. El la llevó con cuidado a una silla y luego fue a reunirse con el otro, que se llamaba O'Malley, el cual estaba arrodillado al lado del cuerpo inmóvil.

—¿Está muerto? —preguntó ella.

—Me temo que sí... ¿qué ha ocurrido?

Brevemente, le contó que había salido a la tienda de comestibles y al volver lo encontró tirado en el suelo. Mientras ella hablaba y lloraba, Nooan descubrió una pequeña herida de sangre cuajada en la cabeza del muerto. Se la mostró a O'Malley y éste, levantándose, fue derecho al teléfono.

Pronto llegaron otros policías. Primero un médico, después dos detectives, a uno de los cuales conocía de nombre. Más tarde, un fotógrafo de la Policía que tomó algunos planos y otro hombre encargado de las huellas dactilares. Se oían cuchicheos por la habitación donde yacía el muerto y los detectives le hicieron muchas preguntas. No obstante, siempre la trataron con amabilidad.

Volvió a contar la historia otra vez, ahora desde el principio. Cuando Patrick llegó ella estaba cosiendo, y él se sintió tan fatigado que no quiso salir a cenar. Dijo que había puesto la carne en el horno —allí estaba, asándose— y se había marchado a la tienda de comestibles a comprar verduras. De vuelta lo había encontrado tendido en el suelo.

—¿A qué tienda ha ido usted? —preguntó uno de los detectives.

Se lo dijo, y entonces el detective se volvió y musitó algo en voz baja al otro detective, que salió inmediatamente a la calle.

«..., parecía normal..., muy contenta..., quería prepararle una buena cena..., guisantes..., pastel de queso..., imposible que ella...»

Transcurrido algún tiempo el fotógrafo y el médico se marcharon y los otros dos hombres entraron y se llevaron el cuerpo en una camilla. Después se fue el hombre de las huellas dactilares. Los dos detectives y los policías se quedaron. Fueron muy amables con ella; Jack Nooan le preguntó si no se iba a marchar a otro sitio, a casa de su hermana, quizá, o con su mujer, que cuidaría de ella y la acostaría.

—No —dijo ella.

No creía en la posibilidad de que pudiera moverse ni un solo metro en aquel momento. ¿Les importaría mucho que se quedara allí hasta que se encontrase mejor? Todavía estaba bajo los efectos de la impresión sufrida.

—Pero ¿no sería mejor que se acostara un poco? —preguntó Jack Nooan.

—No —dijo ella.

Quería estar donde estaba, en esa silla. Un poco más tarde, cuando se sintiera mejor, se levantaría.

La dejaron mientras deambulaban por la casa, cumpliendo su misión. De vez en cuando uno de los detectives le hacía una pregunta. También Jack Nooan le hablaba cuando pasaba por su lado. Su marido, le dijo, había muerto de un golpe en la cabeza con un instrumento pesado, casi seguro una barra de hierro. Ahora buscaban el arma. El asesino podía habérsela llevado consigo, pero también cabía la posibilidad de que la hubiera tirado o escondido en alguna parte.

—Es la vieja historia —dijo él—, encontraremos el arma y tendremos al criminal.

Más tarde, uno de los detectives entró y se sentó a su lado.

—¿Hay algo en la casa que pueda haber servido como arma homicida? —le preguntó—. ¿Le importaría echar una mirada a ver si falta algo, un atizador, por ejemplo, o un jarrón de metal?

—No tenemos jarrones de metal —dijo ella.

—¿Y un atizador?

—No tenemos atizador, pero puede haber algo parecido en el garaje.

La búsqueda continuó.

Ella sabía que había otros policías rodeando la casa. Fuera, oía sus pisadas en la grava y a veces veía la luz de una linterna infiltrarse por las cortinas de la ventana. Empezaba a hacerse tarde, eran cerca de las nueve en el reloj de la repisa de la chimenea. Los cuatro hombres que buscaban por las habitaciones empezaron a sentirse fatigados.

—Jack —dijo ella cuando el sargento Nooan pasó a su lado—, ¿me quiere servir una bebida?

—Sí, claro. ¿Quiere whisky?

—Sí, por favor, pero poco. Me hará sentir mejor. Le tendió el vaso.

—¿Por qué no se sirve usted otro? —dijo ella—; debe de estar muy cansado; por favor, hágalo, se ha portado muy bien conmigo.

—Bueno —contestó él—, no nos está permitido, pero puedo tomar un trago para seguir trabajando.

Uno a uno, fueron llegando los otros y bebieron whisky. Estaban un poco incómodos por la presencia de ella y trataban de consolarla con inútiles palabras.

El sargento Nooan, que rondaba por la cocina, salió y dijo:

—Oiga, señora Maloney. ¿Sabe que tiene el horno encendido y la carne dentro?

—¡Dios mío! —gritó ella—. ¡Es verdad!

—¿Quiere que vaya a apagarlo?

—¿Sería tan amable, Jack? Muchas gracias.

Cuando el sargento regresó por segunda vez lo miró con sus grandes y profundos ojos.

—Jack Nooan —dijo.

—¿Sí?

—¿Me harán un pequeño favor, usted y los otros?

—Si está en nuestras manos, señora Maloney...

—Bien —dijo ella—. Aquí están ustedes, todos buenos amigos de Patrick, tratando de encontrar al hombre que lo mató. Deben de estar hambrientos porque hace rato que ha pasado la hora de la cena, y sé que Patrick, que en gloria esté, nunca me perdonaría que estuviesen en su casa y no les ofreciera hospitalidad. ¿Por qué no se comen el cordero que está en el horno? Ya estará completamente asado.

—Ni pensarlo —dijo el sargento Nooan.

—Por favor —pidió ella—, por favor, cómanlo. Yo no voy a tocar nada de lo que había en la casa cuando él estaba aquí, pero ustedes sí pueden hacerlo. Me harían un favor si se lo comieran. Luego, pueden continuar su trabajo.

Los policías dudaron un poco, pero tenían hambre y al final decidieron ir a la cocina y cenar. La mujer se quedó donde estaba, oyéndolos a través de la puerta entreabierta. Hablaban entre sí a pesar de tener la boca llena de comida.

—¿Quieres más, Charlie?

—No, será mejor que no lo acabemos.

—Pero ella quiere que lo acabemos, eso fue lo que dijo. Le hacemos un favor.

—Bueno, dame un poco más.

—Debe de haber sido un instrumento terrible el que han usado para matar al pobre Patrick —decía uno de ellos—, el doctor dijo que tenía el cráneo hecho trizas.

—Por eso debería ser fácil de encontrar.

—Eso es lo que a mí me parece.

—Quienquiera que lo hiciera no iba a llevar una cosa así, tan pesada, más tiempo del necesario. Uno de ellos eructó:

—Mi opinión es que tiene que estar aquí, en la casa.

—Probablemente bajo nuestras propias narices. ¿Qué piensas tú, Jack?

En la otra habitación, Mary Maloney empezó a reírse entre dientes.

HOMBRE DEL SUR

Eran cerca de las seis. Fui al bar a pedir una cerveza y me tendí en una hamaca a tomar un poco el sol de la tarde.

Cuando me trajeron la cerveza, me dirigí a la piscina pasando por el jardín.

Era muy bonito, lleno de césped, flores y grandes palmeras repletas de cocos. El viento soplaba fuerte en la copa de las palmeras, y las palmas, al moverse, hacían un ruido parecido al fuego. Grandes racimos de cocos colgaban de las ramas.

Había muchas hamacas alrededor de la piscina, así como mesitas y toldos multicolores; hombres y mujeres bronceados por el sol estaban sentados aquí y allá en traje de baño. Dentro de la piscina multitud de chicos y chicas chapoteaban, gritando y jugando al waterpolo, un poco en serio y un poco en broma.

Me quedé mirándolos. Las chicas eran unas inglesas del hotel en que me hospedaba. A los chicos no los conocía, pero parecían americanos, seguramente cadetes navales llegados en un barco militar que había anclado en el puerto aquella mañana.

Llegué hasta allí y me metí bajo un toldo amarillo donde había cuatro asientos vacíos, me serví la cerveza y me arrellané cómodamente con un cigarrillo entre los dedos.

Los marinos americanos congeniaban bien con las inglesas. Buceaban juntos bajo el agua y las hacían subir a la superficie sujetándolas por las piernas.

En aquel momento distinguí a un hombrecillo de edad, que caminaba rápidamente por el mismo borde de la piscina. Llevaba un traje blanco, inmaculado, y caminaba muy aprisa, dando un saltito a cada paso. Llevaba en la cabeza un gran sombrero de paja e iba a lo largo de la piscina mirando a la gente y a las hamacas.

Se paró frente a mí y me sonrió, enseñándome dos hileras de dientes pequeños y desiguales, ligeramente deslustrados.

Yo también le sonreí.

—Perdón. ¿Me puedo sentar aquí?

—Claro —dije yo—, tome asiento.

Dio la vuelta a la silla y la inspeccionó para su seguridad. Luego se sentó y cruzó las piernas. Llevaba sandalias de cuero, abiertas, para evitar el calor.

—Una tarde magnífica —dijo—; las tardes son maravillosas aquí, en Jamaica.

No estaba yo seguro de si su acento era italiano o español, pero lo que sí sabía de cierto era que procedía de Sudamérica, y además se le veía viejo, sobre todo cuando se le miraba de cerca. Tendría unos sesenta y ocho o setenta años.

—Sí —dije yo—, esto es estupendo.

—¿Y quiénes son éstos?, pregunto yo. No son del hotel, ¿verdad?

Señalaba a los bañistas de la piscina.

—Creo que son marinos americanos —le expliqué—, mejor dicho, cadetes.

—¡Claro que son americanos! ¿Quiénes si no iban a hacer tanto ruido? Usted no es americano, ¿verdad?

—No —dije yo—, no lo soy.

De repente uno de los cadetes americanos se detuvo frente a nosotros. Estaba completamente mojado porque acababa de salir de la piscina. Una de las inglesas le acompañaba.

—¿Están ocupadas estas sillas? —preguntó.

—No —contesté yo.

—¿Les importa que nos sentemos?

—No.

—Gracias —dijo.

Llevaba una toalla en la mano, y al sentarse sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor. Le ofreció a la chica, pero ella rehusó; luego me ofreció a mí y acepté uno. El hombrecillo, por su parte, dijo:

—Gracias, pero creo que tengo un cigarro puro.

Sacó una pitillera de piel de cocodrilo y cogió un purito. Luego sacó una especie de navaja provista de unas tijerillas y cortó la punta del cigarro puro.

—Yo le daré fuego —dijo el muchacho americano, tendiéndole el encendedor.

—No se encenderá con este viento.

—Claro que se encenderá. Siempre ha ido bien. El hombrecillo sacó el cigarro de su boca y dobló la cabeza hacia un lado, mirando al muchacho con atención.

—¿Siempre? —dijo casi delectándose.

—¡Claro! Nunca falla, por lo menos a mí nunca me ha fallado.

El hombrecillo continuó mirando al muchacho.

—Bien, bien, así que usted dice que este encendedor no falla nunca. ¿Me equivoco?

—Eso es —dijo el muchacho.

Tendría unos diecinueve o veinte años y su rostro, al igual que su nariz, era alargado. No estaba demasiado bronceado y su cara y su pecho estaban completamente llenos de pecas. Tenía el encendedor en la mano derecha, preparado para hacerlo funcionar.

—Nunca falla —dijo sonriendo porque ahora exageraba su anterior jactancia intencionadamente—, le prometo que nunca falla.

—Un momento, por favor.

La mano que sostenía el cigarro se levantó como si estuviera parando el tráfico. Tenía una voz suave y monótona; miraba al muchacho con insistencia.

—¿Qué le parece si hacemos una pequeña apuesta? —le dijo sonriendo—. ¿Apostamos sobre si enciende o no su mechero?

—Apuesto —dijo el chico—. ¿Por qué no?

—¿Le gusta apostar?

—Sí, siempre lo hago.

El hombre hizo una pausa y examinó su puro y debió confesar que a mí no me gustaba su manera de comportarse. Parecía querer sacar algo de todo aquello y avergonzar al muchacho. Al mismo tiempo, me pareció que se guardaba algún secreto para sí mismo.

Miró de nuevo al americano y dijo despacio:

—A mí también me gusta apostar. ¿Por qué no hacemos una buena apuesta sobre esto? Una buena apuesta —repitió recalcándolo.

—Oiga, espere un momento —dijo el cadete—. Le apuesto veinticinco centavos o un dólar, o lo que tenga en el bolsillo; algunos chelines, supongo.

El hombrecillo movió su mano de nuevo.

—Óigame, nos vamos a divertir: hacemos la apuesta. Luego subimos a mi habitación del hotel al abrigo del viento y le apuesto a que usted no puede encender su encendedor diez veces seguidas sin fallar.

—Le apuesto a que puedo —dijo el muchacho americano.

—De acuerdo, entonces..., ¿hacemos la apuesta?

—Bien, le apuesto cinco dólares.

—No, no, hay que hacer una buena apuesta. Yo soy un hombre rico y deportivo. Ahora, escúcheme. Fuera del hotel está mi coche. Es muy bonito. Es un coche americano, de su país, un Cadillac...

—¡Oiga, oiga, espere un momento! —El chico se recostó en la hamaca y sonrió—. No puedo consentir que apueste eso, es una locura.

—No es una locura. Usted enciende su mechero y el Cadillac es suyo. Le gustaría tener un Cadillac, ¿verdad?

—Claro que me gustaría tener un Cadillac. —El cadete seguía sonriendo.

—De acuerdo, yo apuesto mi Cadillac.

—¿Y qué apuesto yo? —preguntó el americano.

El hombrecillo quitó cuidadosamente la vitola del cigarro todavía sin encender.

—Yo no le pido, amigo mío, que apueste algo que esté fuera de sus posibilidades. ¿Comprende?

—Entonces, ¿qué puedo apostar?

—Se lo voy a poner fácil. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, póngamelo fácil.

—Tiene que ser algo de lo cual usted pueda desprenderse y que en caso de perderlo no sea motivo de mucha molestia. ¿Le parece bien?

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, el dedo meñique de su mano izquierda.

—¿Mi qué? —dejó de reír el muchacho.

—Sí. ¿Por qué no? Si gana se queda con mi coche. Si pierde, me quedo con su dedo.

—No le comprendo. ¿Qué quiere decir quedarse con mi dedo?

—Se lo corto.

—¡Rayos y truenos! ¡Eso es una locura! Apuesto un dólar. El hombrecillo se reclinó en su asiento y se encogió de hombros.

—Bien, bien, bien —dijo—. No lo entiendo. Usted dice que su mechero se enciende, pero no quiere apostar. Entonces, ¿lo olvidamos?

El muchacho se quedó quieto mirando a los bañistas de la piscina. De repente se acordó de que tenía el cigarrillo entre sus dedos. Lo acercó a sus labios, puso las manos alrededor del encendedor y lo encendió. Al momento, apareció una pequeña llama amarillenta. El americano ahuecó las manos de tal forma que el viento no pudiera apagar la llama.

—¿Me lo deja un momento? —le dije.

—¡Oh, perdón! Me olvidé de que usted también tenía el cigarrillo sin encender.

Alargué la mano para coger el encendedor, pero se incorporó y se acercó para encendérmelo él mismo.

—Gracias —le dije. Él volvió a su sitio.

—¿Se divierte? ¿Lo pasa bien? —le pregunté.

—Estupendo —me contestó—, esto es precioso.

Hubo un silencio. Me di cuenta de que el hombrecillo había logrado perturbar al chico con su absurda proposición. Estaba sentado muy quieto, y era evidente que la tensión se iba apoderando de él. Empezó a moverse en su asiento, a rascarse el pecho, a acariciarse la nuca y finalmente puso las manos en las rodillas y empezó a tamborilear con los dedos. Pronto empezó a dar golpecitos con un pie, incómodo y nervioso.

—Bueno, veamos en qué consiste esta apuesta —dijo al fin—, usted dice que vamos a su cuarto y si mi mechero se enciende diez veces seguidas, gano un Cadillac. Si me falla una vez, entonces pierdo el dedo meñique de la mano izquierda. ¿Es eso?

—Exactamente, ésa es la apuesta.

—¿Qué hacemos si pierdo? ¿Deberé sostener mi dedo mientras usted lo corta?

—¡Oh, no! Eso no daría resultado. Podría ser que usted no quisiera darme su dedo. Lo que haríamos es atar una de sus manos a la mesa antes de empezar y yo me pondría a su lado con una navaja, dispuesto a cortar en el momento en que su encendedor fallase.

—¿De qué año es el Cadillac? —preguntó el chico.

—Perdón, no le entiendo.

—¿De qué año..., cuánto tiempo hace que tiene usted ese Cadillac?

—¡Oh! ¿Cuánto tiempo? Sí, es del año pasado, está completamente nuevo, pero veo que no es un jugador. Ningún americano lo es.

Hubo una pausa. El muchacho miró primero a la inglesa y luego a mí.

—Sí —dijo de pronto—. Apuesto.

—¡Magnífico! —El hombrecillo juntó las manos por un momento—, ¡Estupendo! Ahora mismo. Y usted, señor —se volvió hacia mí—, será tan amable de hacer de... ¿Cómo lo llaman ustedes? ¿Arbitro? ¿Juez?

Tenía los ojos muy claros, casi sin color, y sus pupilas eran pequeñas y negras.

—Bueno —titubeé yo—, esto me parece una tontería. No me gusta nada.

—A mí tampoco —dijo la inglesa. Era la primera vez que hablaba—. Considero esta apuesta estúpida y ridícula.

—¿Le cortará de veras el dedo a este chico si pierde? —pregunté yo.

—¡Claro que sí! Yo le daré el Cadillac si gana. Bueno, vamos a mi habitación. Se levantó.

—¿Quiere vestirse antes? —le preguntó.

—No —contestó el chico—. Iré tal como voy.

—Consideraría un favor que viniera usted con nosotros y actuara como arbitro. Se volvió hacia mí.

—Muy bien, iré. Pero no me gusta nada esta apuesta.

—Venga usted también —dijo a la chica—. Venga y mirará.

El hombrecillo se dirigió por el jardín hacia el hotel. Se le veía animado y excitado y al andar daba más saltitos que nunca.

—Vivo en el anexo —dijo—. ¿Quieren ver primero el coche? Está aquí.

Nos llevó hasta el aparcamiento del hotel y nos señaló un elegante Cadillac verde claro, aparcado en el fondo.

—Es aquel verde. ¿Le gusta?

—Es un coche precioso —contestó el cadete.

—Muy bien, vamos arriba y veamos si lo gana.

Le seguimos al anexo y subimos las escaleras. Abrió la puerta y entramos en una habitación doble, espaciosa, agradable. Había una bata de mujer a los pies de una de las camas.

—Primero tomaremos un martini —dijo tranquilamente.

Las bebidas estaban en una mesilla, dispuestas para ser mezcladas. Había una coctelera, hielo y muchos vasos. Empezó a preparar el martini.

Mientras tanto había hecho sonar la campanilla; se oyeron unos golpecitos en la puerta y apareció una doncella negra.

—¡Ah! —exclamó él! dejando la botella de ginebra.

Sacó del bolsillo una cartera y le dio una libra a la doncella.

—Me va a hacer un favor. Quédese con esto. Vamos a hacer un pequeño juego aquí. Quiero que me consiga dos..., no, tres cosas. Quiero algunos clavos; un martillo y un cuchillo de los que emplean los carniceros. Lo encontrará en la cocina. ¿Podrá conseguirlo?

—¡Un cuchillo de carnicero! —La doncella abrió mucho los ojos y dio una palmada con las manos—. ¿Quiere decir un cuchillo de carnicero de verdad?

—Sí, exactamente. Vamos, por favor, usted puede encontrarme esas cosas.

—Sí, señor, lo intentaré. Haré todo lo posible por conseguir lo que pide.

Después de estas palabras salió de la habitación.

El hombrecillo fue repartiendo los martinis. Los bebimos con ansiedad, el muchacho delgado y pecoso, vestido únicamente con el traje de baño; la chica inglesa, rubia y esbelta, que vestía un bañador azul claro y no dejaba de mirar al muchacho por encima de su vaso; el hombrecillo de ojos claros, con su traje blanco, inmaculado, que miraba a la chica del traje de baño azul claro. Yo no sabía qué hacer. La apuesta iba en serio y el hombre estaba dispuesto a cortar el dedo de su rival en caso de que perdiera. Pero, ¡diablos!, ¿y si el chico perdía? Tendríamos que llevarlo urgentemente al hospital en el Cadillac que no había podido ganar. Tendría gracia, ¿no es cierto?

En mi opinión, no habría por qué llegar a ese extremo.

—¿No les parece una apuesta muy tonta? —dije yo.

—Yo creo que es una buena apuesta —contestó el chico. Ya se había tomado un martini doble.

—Me parece una apuesta estúpida y ridícula —dijo la chica—. ¿Qué pasará si pierdes?

—No importa. Pensándolo un poco, no recuerdo haber usado jamás en mi vida el dedo meñique de mi mano izquierda. Aquí está. —El chico se cogió el dedo—. Y todavía no ha hecho nada por mí. ¿Por qué no voy a apostármelo? Yo creo que es una apuesta estupenda.

El hombrecillo sonrió y tomó la coctelera para volver a llenar los vasos.

—Antes de empezar —dijo— le entregaré al árbitro la llave del coche.

Sacó la llave de su bolsillo y me la dio.

—Los papeles de propiedad y del seguro están en el coche —añadió.

La doncella volvió a entrar. En una mano llevaba un cuchillo de los que usan los carniceros para cortar los huesos de la carne, y en la otra un martillo y una bolsita con clavos.

—¡Magnífico! ¿Lo ha conseguido todo? ¡Gracias, gracias! Ahora puede marcharse.

Esperó a que la doncella cerrara la puerta y entonces puso los objetos en una de las camas y dijo:

—Ahora nos prepararemos nosotros. Luego se dirigió al muchacho:

—Ayúdeme, por favor, a levantar esta mesa. La vamos a correr un poco.

Era una mesa de escritorio del hotel, una mesa corriente, rectangular, de metro veinte por noventa, con papel secante, plumas y papel. La pusieron en el centro de la habitación y retiraron las cosas de escribir.

—Ahora —dijo— lo que necesitamos es un cordel, una silla y los clavos.

Cogió la silla y la puso junto a la mesa. Estaba tan animado como la persona que organiza juegos en una fiesta infantil.

—Ahora hay que colocar los clavos.

Los clavó en la mesa con el martillo.

Ni el muchacho ni la chica ni yo nos movimos de donde estábamos. Con nuestros martinis en las manos, observábamos el trabajo del hombrecillo. Le vimos clavar dos clavos en la mesa a quince centímetros de distancia.

No los clavó del todo; dejó que sobresaliera una pequeña parte. Luego comprobó su firmeza con los dedos.

«Cualquiera diría que este hijo de puta ya lo ha hecho antes —pensé yo—. No duda un momento. La mesa, los clavos, el martillo, el cuchillo de cocina. Sabe exactamente lo que necesita y cómo arreglarlo.»

—Ahora el cordel —dijo alargando la mano para cogerlo—, Muy bien, ya estamos listos. Por favor, ¿quiere sentarse? —le dijo al chico.

El muchacho dejó su vaso y se sentó.

—Ahora ponga la mano izquierda entre esos dos clavos para que pueda atársela donde corresponda. Así, muy bien. Bueno, ahora le ataré la mano a la mesa.

Puso el cordel alrededor de la muñeca del chico, luego lo pasó varias veces por la palma de la mano y lo ató fuertemente a los clavos. Hizo un buen trabajo. Cuando hubo terminado, al muchacho le era imposible despegar la mano de la mesa, pero podía mover los dedos.

—Por favor, cierre el puño, excepto el dedo meñique. Tiene que dejar ese dedo alargado sobre la mesa. ¡Excelente! ¡Excelente! Ahora ya estamos dispuestos. Coja el encendedor con su mano derecha..., pero ¡espere un momento, por favor!

Fue hacia la cama y cogió el cuchillo. Volvió y se puso junto a la mesa, empuñando con firmeza el arma cortante.

—¿Preparados? —dijo—. Señor arbitro, puede dar la orden de comenzar.

La inglesa estaba de pie, justo detrás del muchacho, sin decir una palabra. El chico estaba sentado sin moverse, con el encendedor en la mano derecha mirando el cuchillo. El hombrecillo me miraba.

—¿Está preparado? —le pregunté al muchacho.

—Preparado.

—¿Y usted? —al hombrecillo.

—Preparado también.

Levantó el cuchillo al aire y lo colocó a cierta distancia del dedo del chico, dispuesto a cortar. El muchacho le observaba sin mover un miembro de su cuerpo. Simplemente frunció las cejas y le miró ceñudamente.

—Muy bien —dije yo—, empiecen.

El muchacho me hizo una petición antes de comenzar:

—¿Quiere contar en voz alta el número de veces que lo enciendo? Por favor.

—Sí, lo haré.

Levantó la tapa del mechero y con el mismo dedo dio una vuelta a la ruedecita. La piedra chispeó y apareció una llama amarillenta.

—¡Uno! —dije yo.

No apagó la llama, sino que colocó la tapa en su sitio y esperó unos segundos antes de volverlo a encender.

Dio otra fuerte vuelta a la rueda y de nuevo apareció la pequeña llama al final de la mecha.

—¡Dos!

El silencio era total. El muchacho tenía los ojos puestos en el encendedor. El hombrecillo tenía el cuchillo en el aire y también miraba al encendedor.

—¡Tres!

—¡Cuatro!

—¡Cinco!

—¡Seis!

—¡Siete!

Desde luego era un mechero de los que funcionan a la perfección. La piedra chisporroteó y la mecha se encendió. Observé el pulgar bajar la tapa y apagar la llama. Luego, una pausa. El pulgar volvió a subirla otra vez. Era una operación de pulgar, este dedo lo hacía todo.

Respiré, dispuesto a decir ocho. El pulgar accionó la rueda, la piedra chispeó y la pequeña llama brilló de nuevo.

—¡Ocho! —dije yo al tiempo que se abría la puerta. Nos volvimos todos a la vez y vimos a una mujer en la puerta, una mujer pequeña y de pelo negro, bastante vieja, que se precipitó gritando:

—¡Carlos, Carlos!

Le agarró la muñeca y le cogió el cuchillo, lo arrojó a la cama, aferró al hombrecillo por las solapas de su traje blanco y lo sacudió vigorosamente, hablando al mismo tiempo aprisa y fuerte en un idioma que parecía español. Lo sacudía tan fuerte que no se le podía ver. Se convirtió en una línea difusa y móvil como el radio de una rueda.

Cuando paró y volvimos a ver al pequeño hombrecillo, ella le dio un empujón y lo tiró a una de las camas como si se tratara de un muñeco. El se sentó en el borde y cerró los ojos, moviendo la cabeza para ver si todavía podía torcer el cuello.

—Lo siento —dijo la mujer—, siento mucho que haya pasado esto.

Hablaba un inglés bastante correcto.

—Es horrible —continuó ella—. Supongo que todo ha ocurrido por mi culpa. Le he dejado solo durante diez minutos para lavarme el cabello y ha vuelto a hacer de las suyas.

Se la veía disgustada y preocupada.

El muchacho se estaba desatando la mano de la mesa. La inglesa y yo no decíamos ni una palabra.

—Es una seria amenaza —dijo la mujer—. Donde nosotros vivimos ha cortado ya cuarenta y siete dedos a diferentes personas y ha perdido once coches. Últimamente le amenazaron con quitarle de en medio. Por eso lo traje aquí.

—Sólo habíamos hecho una pequeña apuesta —murmuró el hombrecillo desde la cama.

—Supongo que habrá apostado un coche —dijo la mujer.

—Sí —contestó el cadete—, un Cadillac.

—No tiene coche. Ese es el mío, y esto agrava las cosas —dijo ella—, porque apuesta lo que no tiene. Estoy avergonzada y lo siento muchísimo.

Parecía una mujer muy simpática.

—Bueno —dijo yo—, aquí tiene la llave de su coche. La puse sobre la mesa.

—Sólo estábamos haciendo una pequeña apuesta —murmuró el hombrecillo.

—No le queda nada que apostar —dijo la mujer—, no tiene nada en este mundo, nada. En realidad, yo se lo gané todo hace ya muchos años. Me llevó mucho, mucho tiempo, y fue un trabajo muy duro, pero al final se, lo gané todo.

Miró al muchacho y sonrió tristemente. Luego alargó la mano para coger la llave que estaba encima de la mesa.

Todavía ahora recuerdo aquella mano: sólo le quedaba un dedo y el pulgar.

LA PATRONA

Billy Weaver había salido de Londres en el cansino tren de la tarde, con cambio en Swindon, y a su llegada a Bath, a eso de las nueve de la noche, la luna comenzaba a emerger de un cielo claro y estrellado, por encima de las casas que daban frente a la estación. La atmósfera, sin embargo, era mortalmente fría, y el viento, como una plana cuchilla de hielo aplicada a las mejillas del viajero.

—Perdone —dijo Billy—, ¿sabe de algún hotel barato y que no quede lejos?

—Pruebe en La Campana y el Dragón —le respondió el mozo al tiempo que indicaba hacia el otro extremo de la calle—. Quizá allí. Está a unos cuatrocientos metros en esa dirección.

Billy le dio las gracias, volvió a cargar la maleta y se dispuso a cubrir los cuatrocientos metros que le separaban de La Campana y el Dragón. Nunca había estado en Bath ni conocía a nadie allí; pero el señor Greenslade, de la central de Londres, le había asegurado que era una ciudad espléndida.

«Búsquese alojamiento —dijo—, y, en cuanto se haya instalado, preséntese al director de la sucursal.» Billy contaba diecisiete años. Llevaba un sobretodo nuevo, color azul marino, un sombrero flexible nuevo, color marrón, y un traje también marrón y nuevo, y se sentía la mar de bien. Caminaba a paso vivo calle abajo. En los últimos tiempos trataba de hacerlo todo con viveza. La viveza, había resuelto, era, por excelencia, característica común a cuantos hombres de negocios conocían el éxito. Los jefazos de la casa matriz se mostraban en todo momento dueños de una absoluta, fantástica viveza. Eran asombrosos. No había tiendas en la anchurosa calle por donde avanzaba, sólo una hilera de altas casas a ambos lados, idénticas todas ellas. Dotadas de pórticos y columnas, y de escalinatas de cuatro o cinco peldaños que daban acceso a la puerta principal, era evidente que en otros tiempos habían sido residencias de mucho postín.

Ahora sin embargo, observó Billy pese a la oscuridad, la pintura de puertas y ventanas se estaba descascarillando y las hermosas fachadas blancas tenían manchas y resquebrajaduras debidas a la incuria. De pronto, en una ventana de taños bajos brillantemente iluminados por una farola distante menos de seis metros, Billy percibió un rótulo impreso que, apoyado en el cristal de uno de los cuarterones altos, rezaba:

ALOJAMIENTO Y DESAYUNO.

Justo debajo del cartel había un hermoso y alto jarrón con amentos de sauce. Billy se detuvo. Se acercó un poco. Cortinas verdes (una especie de tejido como aterciopelado) pendían a ambos lados de la ventana. Junto a ellas, los amentos de sauce quedaban maravillosos. Aproximándose ahora hasta los mismos cristales, Billy echó una ojeada al interior. Lo primero que distinguió fue el alegre fuego que ardía en la chimenea. En la alfombra, delante del hogar, un bonito y pequeño basset dormía ovillado, el hocico prieto contra el vientre. La estancia, en cuanto le permitía apreciar la penumbra, estaba llena de muebles de agradable aspecto: un piano de media cola, un amplio sofá y varios macizos butacones. En una esquina, en su jaula, advirtió un loro grande.

En lugares como aquél, la presencia de animales era siempre un buen indicio, se dijo Billy; y le pareció que la casa, en conjunto, debía de resultar un alojamiento hartamente aceptable. Y a buen seguro más cómodo que La Campana y el Dragón. Una taberna, por otra parte, resultaría más simpática que una pensión: por la noche habría cerveza y juego de dardos y cantidad de gente con quien conversar; y además era probable que el hospedaje fuese allí mucho más barato. En otra ocasión había parado un par de noches en una taberna, y le gustó. En casas de huéspedes, en cambio, no se había alojado nunca, y, para ser del todo sincero, le asustaban una pizca. Su propio título le evocaba imágenes de aguanosos guisos de repollo, patronas rapaces y, en el cuarto de estar, un fuerte olor a arenques ahumados. Tras unos minutos de vacilación, expuesto al frío, Billy resolvió llegarse a La Campana y el Dragón y echarle un vistazo antes de decidirse. Se dispuso a marchar. Y, en ese instante, le ocurrió una cosa extraña: a punto ya de retroceder y volverle la espalda a la ventana, súbitamente y de forma en extremo singular vio atraída su atención por el rotulito que allí había. ALOJAMIENTO Y DESAYUNO, proclamaba. ALOJAMIENTO Y DESAYUNO, ALOJAMIENTO Y DESAYUNO, ALOJAMIENTO Y DESAYUNO.

Las tres palabras eran como otros tantos grandes ojos negros que, mirándole de hito en hito tras el cristal, le sujetaran, le obligasen, le impusieran permanecer donde estaba, no alejarse de aquella casa; y, cuando quiso darse cuenta, ya se había apartado de la ventana y, subiendo los escalones que le daban acceso, se encaminaba hacia la puerta principal y alcanzaba el timbre. Pulsó el llamador, cuya campanilla oyó sonar lejana, en algún cuarto trasero; y enseguida —tuvo que ser enseguida, pues ni siquiera le había dado tiempo a retirar el dedo apoyado en el botón—, la puerta se abrió de golpe y en el vano apareció una mujer.

En condiciones ordinarias, uno llama al timbre y dispone al menos de medio minuto antes de que la puerta se abra. Pero de aquella señora se hubiera dicho que era un muñeco de resorte comprimido en una caja de sorpresas: él apretaba el botón del timbre y... ¡hela allí! La brusca aparición hizo respingar a Billy. La mujer, de unos cuarenta y cinco años, le saludó apenas verle, con una afable sonrisa acogedora.

—Entre, por favor —le dijo en tono agradable según se hacía a un lado y abría de par en par la puerta.

Y, de forma automática, Billy se encontró trasponiendo el umbral. El impulso, o, para ser más precisos, el deseo de seguirla al interior de aquella casa, era poderosísimo.

—He visto el anuncio que tiene en la ventana —dijo conteniéndose.

—Sí, ya lo sé.

—Andaba en busca de una habitación.

—Lo tiene todo preparado, joven —dijo ella. Tenía la cara redonda y rosada, y los ojos, azules, eran de expresión muy amable.

—Me dirigía a La Campana y el Dragón —explicó Billy—, pero, casualmente, me llamó la atención el cartel que tiene en la ventana.

—Mi querido muchacho —repuso ella—, ¿por qué no entra y se quita de ese frío?

—¿Cuánto cobra usted?

—Cinco chelines y seis peniques por noche, incluido el desayuno.

Era prodigiosamente barato: menos de la mitad de lo que estaba dispuesto a pagar.

—Si lo encuentra caro —continuó ella—, quizá pudiera ajustárselo un poco. ¿Desea un huevo con el desayuno? Los huevos están caros en este momento. Sin huevo, le saldría seis peniques más barato.

—Cinco chelines y seis peniques está muy bien —contestó Billy—. Me gustaría alojarme aquí.

—Estaba segura de ello. Entre, entre usted.

Parecía tremendamente amable: ni más ni menos como la madre de un condiscípulo, nuestro mejor amigo, al acogerle a uno en su casa cuando llega para pasar las vacaciones de Navidad. Billy se quitó el sombrero y traspuso el umbral.

—Cuélguelo ahí —dijo ella—, y permítame que le ayude a quitarse el abrigo.

No había otros sombreros ni abrigos en el recibidor; tampoco paraguas ni bastones: nada.

—Tenemos toda la casa para nosotros dos —comentó ella con una sonrisa, la cabeza vuelta, mientras le precedía por las escaleras hacia el piso superior—. Muy rara vez tengo el placer de recibir huéspedes en mi pequeño nido, ¿sabe?

Está un poco chalada, la pobre, se dijo Billy; pero, a cinco chelines y seis peniques por noche, ¿qué puede importarle eso a nadie?

—Yo hubiera pensado que estaría usted lo que se dice asediada de demandas —apuntó cortés.

—Oh, y lo estoy, querido, lo estoy; desde luego que lo estoy. Pero la verdad es que tiendo a ser un poquitín selectiva y exigente..., no sé si me explico.

—Oh, sí.—De todas formas, siempre estoy a punto. En esta casa está todo a punto, noche y día, ante la remota posibilidad de que se me presente algún joven caballero aceptable. Y resulta un placer tan grande, realmente tan inmenso, cuando, de tarde en tarde, abro la puerta y me encuentro con la persona verdaderamente adecuada. Se encontraba a mitad de la escalera, y allí se detuvo, apoyando la mano en la barandilla, para volverse y ofrecerle la sonrisa de sus pálidos labios.

—Como usted —concluyó al tiempo que sus ojos azules recorrían lentamente el cuerpo de Billy de la cabeza a los pies y, luego, en dirección inversa. Al alcanzar el primer descansillo, agregó:—Esta planta es la mía. Y tras subir otro piso: —Y ésta es enteramente suya —proclamó—. Su cuarto es éste. Espero que le guste.

Y le condujo al interior de una reducida pero seductora habitación delantera cuya luz encendió al entrar.

—El sol de la mañana da de pleno en la ventana, señor Perkins. Porque se llama usted Perkins, ¿no es así?—No, me llamo Weaver.

—Weaver. Un apellido muy bonito. He puesto una botella de agua caliente, para quitarle la humedad de las sábanas, señor Weaver. Encontrar una botella de agua caliente entre las limpias sábanas de una cama desconocida es tan placentero, ¿no le parece? Y, si siente frío, puede encender el gas de la chimenea cuando le apetezca.

—Muchas gracias —respondió Billy—. Muchísimas gracias.

Advirtió que la colcha había sido retirada y que el embozo aparecía pulcramente doblado a un lado: todo listo para acoger a quien ocupara el lecho.

—Celebro infinito que haya aparecido —dijo ella, mirándole con intensidad el rostro—. Comenzaba a preocuparme.

—Descuide —respondió Billy, muy animado—. No tiene por qué preocuparse por mí. Y, colocada la maleta encima de la silla, empezó a abrirla.

—¿Y la cena, querido joven? ¿Ha podido cenar algo por el camino?

—No tengo nada de hambre, muchas gracias —contestó él—. Lo que voy a hacer, creo, es acostarme lo antes posible, pues mañana he de madrugar un poco; debo presentarme en la oficina.

—Pues conforme. Le dejaré solo, para que pueda deshacer su equipaje. De todas formas, ¿tendría la bondad, antes de retirarse, de pasar un instante por el cuarto de estar, en la planta, y firmar el registro? Es una formalidad que rige para todos, pues así lo establecen las leyes del país, y no es cosa de que contravengamos ninguna ley en estafase del trato, ¿no le parece?

Y, tras agitar la mano a modo de breve saludo, salió presurosa cíe la habitación y cerró la puerta. Pues bien, el hecho de que su patrona diese la impresión de estar un poco chiflada no le preocupaba a Billy en lo más mínimo. Comoquiera que se mirase, no sólo era inofensiva —ese extremo estaba fuera de duda—, sino que se trataba, bien a las claras, de un alma generosa y amable. Era posible, conjeturó Billy, que hubiese perdido un hijo en la guerra, o algo parecido, y que no hubiera llegado a recuperarse del golpe.

De manera que, pasados unos minutos, después de deshacer la maleta y lavarse las manos, trotó escaleras abajo y, llegado a la planta, entró en la sala de estar. No se encontraba allí la patrona, pero el fuego ardía en la chimenea y el pequeño bassetcontinuaba durmiendo frente al hogar. La estancia estaba magníficamente caldeada y acogedora. Soy un tipo con suerte, se dijo frotándose las manos. Esto está requetebién. Como encontrara el registro encima del piano y abierto, sacó la pluma y anotó su nombre y dirección. La página sólo tenía dos inscripciones anteriores, y, como siempre hacemos en tales casos, se puso a leerlas. La primera era de un tal Christopher Mulholland, de Cardiff. La otra, de Gregory W. Temple, de Bristol. Qué curioso, pensó de pronto. Christopher Mulholland. Ese nombre me suena. Y bien, ¿dónde diablos habría oído aquel apellido un tanto insólito? ¿Correspondería a un condiscípulo? No. ¿Se llamaría así alguno de los muchos pretendientes de su hermana, o, tal vez, un amigo de su padre? No, no, ni lo uno ni lo otro. Echó una nueva ojeada al libro.

Christopher Mulholland 231 Cathedral Road, Cardiff

Gregory W. Temple 27 Sycamore Drive, Bristol

A decir verdad, y ahora que se detenía a pensarlo, no estaba muy seguro de que el segundo nombre no le sonase casi tanto como el primero.

—Gregory Temple —dijo en voz alta mientras exploraba en su memoria—.Christopher Mulholland...

—Encantadores muchachos —apuntó una voz a su espalda.

Al volverse vio a su patrona, que entraba en la sala como flotando, cargada con una gran bandeja de plata para el té. La sostenía muy en alto, como si fueran las riendas de un caballo retozón.

—No sé de qué, pero esos nombres me suenan —dijo Billy.

—¿De veras? Qué interesante.

—Estoy casi convencido de haberlos oído ya en alguna parte. ¿No es extraño? Quizá los leyese en el periódico. No serían famosos por algo, ¿verdad? Quiero decir, famosos jugadores de cricket o de fútbol, o algo por el estilo...

—¿Famosos? —repitió ella al dejar la bandeja en la mesita que daba frente al hogar —. Oh, no, no creo que fueran famosos. Pero, de eso sí puedo darle fe, ambos eran extraordinariamente guapos: altos, jóvenes, apuestos..., justo como usted, querido joven. Una vez más, Billy ojeó el registro.

—Pero oiga —dijo al reparar en las fechas—, esta última anotación tiene más de dos años.

—¿En serio?—Desde luego. Y Christopher Mulholland le precede en casi un año. Hace, pues, más de tres años de eso.

—Santo cielo —exclamó ella meneando la cabeza y con un pequeño suspiro melifluido—. Nunca lo hubiera pensado. Cómo vuela el tiempo, ¿verdad, señor Wilkins?

—Weaver —corrigió Billy—. Me llamo W-e-a-v-e-r.

—¡Oh, por supuesto! —gritó al tiempo que se sentaba en el sofá—. Qué tonta soy. Mil perdones. Las cosas, señor Weaver, me entran por un oído y me salen por el otro. Así soy yo.

—¿Sabe qué hay de verdaderamente extraordinario en todo esto? —replicó Billy.

—No, mi querido joven, no lo sé.

—Pues verá usted... estos dos apellidos, Mulholland y Temple, no sólo me da la impresión de recordarlos separadamente, por así decirlo, sino que, por el motivo que sea, y de forma muy singular, parecen, al mismo tiempo, como relacionados entre sí. Corno si ambos fuesen famosos por un misino motivo, no sé si me explico... como... bueno... como Dempsey y Tunney, por ejemplo, o Churchill y Roosevelt.

—Qué divertido —respondió ella—; pero acérquese, querido, siéntese aquí a mi lado en el sofá, y tome una buena taza de té y una galleta de jengibre antes de irse a la cama.

—No debería molestarse, de veras —dijo Billy—. No había necesidad de preparar tantas cosas.

Lo dijo plantado en pie junto al piano, observándola conforme manipulaba ella las tazas y los platillos. Reparó en sus manos, que eran pequeñas, blancas, ágiles, de uñas esmaltadas de rojo.

—Estoy casi seguro de que ha sido en los periódicos donde he visto esos nombres —insistió el muchacho—. Lo recordaré en cualquier momento. Estoy seguro. No hay mayor tormento que esa sensación de un recuerdo que nos roza la memoria sin penetrar en ella. Billy no se avenía a desistir.—Un momento —dijo—, espere un momento... Mulholland... Christopher Mulholland... ¿No se llamaba así aquel colegial de Eton, que recorría a pie el oeste del país, cuando, de pron...?

—¿Leche? —preguntó ella—. ¿Azúcar también?

—Sí, gracias. Cuando, de pronto...

—¿Un colegial de Eton? —repitió la patrona—. Oh, no, imposible, querido; no puede tratarse, en forma alguna, del mismo señor Mulholland: el mío, cuando vino a mí, no era ciertamente un colegial de Eton sino un universitario de Cambridge. Y ahora, venga aquí, siéntese a mi lado y entre en calor frente a este fuego espléndido. Vamos. Su té le está esperando.

Y, con unas palmaditas en el asiento que quedaba libre a su lado, sonrió a Billy a la espera de que se acercase. El muchacho cruzó lentamente la estancia y se sentó en el borde del sofá. Ella le puso delante la taza de té, en la mesita.

—Bueno, pues aquí estamos —dijo ella—. Qué agradable, qué acogedor resulta esto, ¿verdad?

Billy dio un primer sorbo a su té. Ella hizo otro tanto. Por espacio, quizá, de medio minuto, ambos guardaron silencio. Billy, sin embargo, se daba cuenta de que ella le miraba. Parcialmente vuelta hacia él, sus ojos, así lo percibía, le observaban por encima de la taza, fijos en su rostro. De vez en cuando el muchacho sentía hálitos de un peculiar perfume que parecía emanar directamente de ella. De forma algo desagradable, le recordaba..., bueno, no hubiera sabido decir a qué le recordaba. ¿Las castañas confitadas? ¿El cuero por estrenar? ¿O sería, acaso, los pasillos de los hospitales?

—El señor Mulholland —comentó ella por fin— era un extraordinario bebedor de té. En la vida he conocido a nadie que bebiera tanto té como el adorable, encantador señor Mulholland.

—Imagino que marcharía hace no mucho —dijo Billy, que continuaba devanándose los sesos en relación con ambos apellidos.

Ahora tenía ya la absoluta certeza de haberlos leído en la prensa, en los titulares.

—¿Marchar, dice? —contestó ella arqueando las cejas—. Pero querido joven, el señor Mulholland jamás hizo tal cosa. Sigue aquí. Como el señor Temple. Están los dos en el tercer piso, juntos.

Billy depositó con cuidado la taza en la mesa y miró de hito en hito a su patrona. Ella le sonrió, avanzó una de sus blancas manos y le dio unas confortables palmaditas en la rodilla.

—¿Qué edad tiene usted, mi querido muchacho? —quiso saber.

—Diecisiete años.

—¡Diecisiete años! —exclamó la patrona—. ¡Oh, la edad ideal! La misma que tenía el señor Mulholland. Aunque él, diría yo, era un poquitín más bajo; lo que es más, lo aseguraría; y no acababa de tener tan blancos los dientes. Sus dientes son una preciosidad, señor Weaver, ¿lo sabía usted?

—No están tan sanos como parecen —respondió Billy—. Tienen montones de empastes detrás.

—El señor Temple era, desde luego, algo mayor —continuó ella, pasando por alto la observación—. La verdad es que tenía veintiocho años. Pero, de no habérmelo dicho él, yo nunca lo hubiera imaginado. Jamás en la vida. No tenía una mácula en el cuerpo.

—¿Una qué?

—Que su piel era lo mismito que la de un bebé.

Siguió un silencio. Billy recuperó la taza, sorbió de nuevo y volvió a depositarla cuidadosamente en el plato. Esperó a que su patrona interviniera de nuevo; pero ella daba la impresión de haberse sumido en otro de aquellos silencios suyos. Billy se quedó mirando con fijeza hacia el rincón opuesto, los dientes clavados en el labio inferior.

—Ese loro —dijo finalmente—, ¿sabe que me engañó por completo, cuando lo vi desde la calle? Hubiera jurado que estaba vivo.

—Ay, ya no.

—La disección es habilísima —añadió él—. No se le ve nada muerto. ¿Quién la hizo?

—La hice yo.

—¿Usted?

—Claro está. Y ya se habrá fijado, también, en mi pequeño Basil —dijo, señalando con la cabeza al basset tan plácidamente ovillado ante el hogar.

Vueltos hacia él los ojos, Billy se percató, de repente, de que el perro había permanecido todo el rato tan inmóvil y silencioso como el loro. Extendió una mano y le palpó suavemente lo alto del lomo. Lo encontró duro y frío, y, al peinarle el pelo con los dedos, vio que la piel, de un negro ceniciento, estaba seca y perfectamente conservada.

—Por todos los santos —exclamó—, esto es de todo punto fascinante.

Olvidando al perro, observó con profunda admiración a la mujer menudita que ocupaba el sofá a su lado y añadió—: Un trabajo como éste debe de resultarle difícilísimo.

—En absoluto —replicó ella—. Diseco personalmente a todas mis mascotas cuando pasan a mejor vida. ¿Le apetece otra taza de té?

—No, gracias —respondió Billy.

Tenía la infusión un cierto sabor a almendras amargas y no le atraía demasiado.

—Ha firmado usted el registro, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Buena cosa. Lo digo porque, si más adelante llego a olvidar cómo se llamaba usted, siempre me queda la solución de bajar y consultarlo. Lo sigo haciendo, casi a diario, en cuanto al señor Mulholland y el señor... el señor...

—Temple —apuntó Billy—. Gregory Temple. Perdona la pregunta, pero ¿acaso no ha tenido, en estos últimos dos o tres años, más huéspedes que ellos?

Con la taza de té en una mano y sostenida en alto, la cabeza ligeramente ladeada a la izquierda, la patrona le miró de soslayo y, con otra de aquellas amables sonrisitas, dijo:

—No, querido. Sólo usted.

LA SEÑORA BIXBY Y EL ABRIGO DEL CORONEL

América es la tierra de la oportunidad para las mujeres, quienes, poseedoras ya de alrededor del ochenta y cinco por ciento de la riqueza del país, en breve se habrán hecho con su totalidad. El divorcio se ha convertido en una operación lucrativa, de sencillo arreglo y fácil olvido, que las hembras ambiciosas pueden repetir cuantas veces gusten negociando beneficios que alcanzan cifras astronómicas. La muerte del marido también aporta recompensas satisfactorias, y algunas señoras prefieren confiar en ese expediente: saben que la espera no será demasiado larga, pues el exceso de trabajo junto con la hipertensión no tardarán en llevarse al pobre diablo, llamado a expirar ante su escritorio con un frasco de benzedrinas en una mano y una caja de tranquilizantes en la otra.

Sucesivas generaciones de juveniles americanos no se desaniman lo más mínimo ante ese espantoso panorama de divorcio y defunción. Cuanto más aumenta el índice de divorcios, mayor se hace su ahínco. Los jóvenes se casan como ratones, apenas entran en la pubertad, y una buena proporción de ellos tiene en nómina un mínimo de dos ex esposas antes de cumplir los treinta y seis. Mantener a esas señoras conforme al tren de vida a que están acostumbradas les exige trabajar como esclavos, que es ni más ni menos lo que son. Hasta que, por último, según van alcanzando precozmente la edad madura, un sentimiento de desencanto y de temor empieza a infiltrárseles despaciosamente en el corazón, y así les da por reunirse, a última hora del día, en pequeñas y prietas tertulias, en clubes y bares, para despachar sus whiskies y tragar sus píldoras, y tratar de animarse unos a otros a base de anécdotas.

El tema fundamental de esas historias jamás varía. En ellas intervienen siempre tres personajes principales: el marido, la mujer y un canalla. El marido es un buen hombre, honrado y trabajador. La esposa es taimada, falsa y lasciva, e invariablemente tiene algún enredo con el canalla, cosa que el hombre es demasiado bueno para sospechar tan siquiera. Negras pintan las cosas para el marido. ¿Llegará el infeliz a enterarse alguna vez? ¿Está condenado a ser cornudo el resto de su vida? Sí: tal es su sino. Pero... ¡espera! De pronto, merced a una brillante maniobra, se desquita por entero de los agravios de su depravada esposa, que queda anonadada, estupefacta, humillada, hundida. El auditorio masculino congregado ante la barra sonrío mansamente para sus adentros y se consuela un poco con la fantasía.

Aunque circulan muchas historias de este tipo —anhelosas invenciones de un mundo de sueños, obra de la desventura masculina—, la mayoría de ellas son demasiado fatuas para ser repetidas, y también demasiado picantes para confiarlas al papel. Existe una, sin embargo, que parece superior a las demás, en particular por el mérito de ser auténtica. De extraordinaria popularidad entre maridos defraudados dos o tres veces y en busca de solaz, es posible que, de contarse usted entre aquéllos y no haberla oído previamente, encuentre gusto en su desenlace. La historia se llama «La señora Bixby y el abrigo del coronel» y su argumento es, más o menos, el siguiente:

El señor y la señora Bixby vivían en un apartamento más bien pequeño, en un lugar cualquiera de la parte céntrica de Nueva York. El señor Bixby era dentista y tenía unos ingresos normales. La señora Bixby era una mujerona vigorosa y a la que le gustaba la bebida. Una vez por mes, y siempre en viernes y por la tarde, la señora Bixby tomaba en Pennsylvania Station el tren de Baltimore, para visitar a su anciana tía. Pasaba con ella la noche y al día siguiente regresaba a Nueva York a tiempo de prepararle la cena a su marido. El señor Bixby aceptaba con benevolencia ese arreglo. Sabiendo que la tía Maude vivía en Baltimore y que su esposa le tenía un gran cariño a la anciana, a buen seguro no hubiera sido razonable negarles a ambas el placer de un encuentro mensual.

—Siempre y cuando —objetó en un principio— no esperes nunca que te acompañe.

—Pues claro que no, cariño —contestó la señora Bixby—. Después de todo, es mi tía, no la tuya.

Hasta ahí, todo bien.

La verdad, sin embargo, es que la anciana tía era para la señora Bixby poco más que una coartada conveniente. El sucio perro, encarnado por un caballero conocido como el coronel, acechaba artero en último término, y nuestra heroína pasaba con ese granuja la mayor parte de sus estancias en Baltimore. El coronel, que era riquísimo, vivía en una casa preciosa, en las afueras de la ciudad, sin esposa ni familia que le estorbase, sólo con unos pocos sirvientes, leales y discretos, y en ausencia de la señora Bixby se consolaba cabalgando en sus caballos y practicando la caza del zorro.

Ese placentero trato de la señora Bixby con el coronel se prolongaba año tras año y sin el menor tropiezo. Se veían con tan poca frecuencia —doce veces por año, si se detiene uno a pensarlo, no es gran cosa—, que corrían poco o ningún riesgo de cansarse uno del otro. Al contrario: la larga espera que separaba los encuentros no hacía sino acrecentar la devoción de sus corazones y trocar cada nueva cita en apasionante entrevista.

—¡Tally-ho! [♫] —exclamaba el coronel cuantas veces iba a buscarla a la estación en el cochazo—. ¡Cariño, ya casi había olvidado lo arrebatadora que resultas! Aterricemos.

Pasaron ocho años.

Con las Navidades ya en puertas, la señora Bixby esperaba en la estación de Baltimore el tren que había de devolverla a Nueva York. La visita que acababa de concluir había resultado más agradable de lo habitual y se encontraba de buen humor. Claro está que últimamente la compañía del coronel no dejaba de operar ese efecto en ella. Tenía aquél la virtud de hacer que se sintiera una mujer de todo punto notable: una persona de virtudes sutiles y exóticas, y fascinante sobremanera; y... ¡cuan diferente resultaba aquello del marido dentista que la esperaba en casa, incapaz en todo momento de crearle otra sensación que la de ser una especie de eterna paciente, un ser que moraba en la sala de espera, silencioso entre las revistas, y en los últimos tiempos apenas llamado, cuando lo era, a sufrir las melindrosas atenciones de aquellas manos limpias y rosadas.

—El coronel me ha encargado que le entregase esto —dijo una voz a su lado.

Volvióse la señora Bixby y vio a Wilkins, el palafrenero del coronel, un enano marchito y de piel gris, aplicado a echarle en los brazos una caja de cartón, no muy alta pero sí grande.

—¡Válgame Dios! —exclamó ella, toda agitación—. ¡Cielo santo, qué enormidad de caja! ¿Qué es esto, Wilkins? ¿No le dio ningún recado? ¿No le encargó decirme nada?

—Nada —respondió el caballerizo antes de alejarse.

Así que estuvo en el tren, la señora Bixby se llevó la caja a la intimidad del tocador de señoras y corrió el pestillo. Un regalo navideño del coronel. ¡Qué excitante...! Se puso a deshacer el lazo.

—Seguro que es un vestido —dijo en voz alta—. O incluso dos. O un montón de preciosas prendas interiores. No miraré. Trataré de adivinar, al tacto, de qué se trata. Y también el color. Y qué aspecto tiene. Y cuánto ha costado.

Después de cerrar prietamente los ojos y levantar poco a poco la tapa, deslizó la mano al interior de la caja. Encima había papel de seda; sintió su tacto y su crujido. También había un sobre, o una especie de tarjetón, que pasó por alto para profundizar bajo el papel de seda, los dedos en delicada exploración, como zarcillos.

—Dios mío —exclamó de pronto—. ¡No puede ser verdad! Abrió del todo los ojos y se quedó mirando de hito en hito el abrigo. Luego, las manos como zarpas, lo sacó de la caja. La espesa piel rozó con una maravillosa sonoridad el papel de seda al desplegarse, y, cuando lo tuvo extendido ante sí en toda su longitud, su belleza la dejó sin resuello.

Jamás había visto visón como aquél. Porque era visón, ¿no? Sí, claro que lo era. ¡Y qué soberbio color! Era de un negro casi puro. A primera vista le pareció negro; pero luego, al acercarlo más a la ventanilla, advirtió que también tenía un punto de azul, un azul intenso y vivo, como el del cobalto. Examinó rápida la etiqueta. Decía, tan sólo, VISÓN SALVAJE DE LABRADOR. Nada más: ninguna indicación sobre dónde había sido comprado, ni nada. Pero esto, se dijo para sus adentros, era sin duda obra del coronel. El muy zorro se cuidaba muy, pero que muy bien, de borrar toda pista. Mejor así. Pero ¿qué demonios podía haber costado aquello? Apenas se atrevía a pensarlo. ¿Cuatro, cinco, seis mil dólares? Posiblemente, más.

No conseguía apartar los ojos del abrigo, y al mismo tiempo ardía en deseos de probárselo. Se quitó presurosa el que llevaba, rojo, corriente. Sin poder evitarlo, jadeaba un poco ahora, y tenía muy abiertos los ojos. Pero es que, bendito sea Dios, ¡el tacto de aquella piel...! ¡Y las mangas, anchas, enormes, con sus espesos puños vueltos! ¿Quién le había dicho que en los brazos empleaban siempre pieles de visones hembras, y, para el resto, no? ¿Quién se lo había dicho? Probablemente, Joan Rutfield; aunque no acertaba a imaginar cómo podía la pobre Joan saber de visones, nada menos.

El maravilloso abrigo negro parecía adaptársele por sí mismo al cuerpo, como una segunda piel. ¡Chiquilla...! ¡Qué sensación indescriptible! Se miró en el espejo. Era fantástico. Toda su personalidad había cambiado de golpe y por completo. Se la veía deslumbrante, esplendorosa, rica, brillante, voluptuosa, todo ello a un tiempo. ¡Y la sensación de poder que le confería! Vestida con aquel abrigo podría entrar donde quisiera y la gente se le alborotaría alrededor, como conejos. ¡No tenía palabras, simplemente, para tanta maravilla!

La señora Bixby tomó el sobre, que continuaba en la caja, lo abrió y extrajo la carta del coronel.

Como una vez te oí decir que te gustaba el visón, te he comprado éste. Me aseguran que es de calidad. Te ruego que lo aceptes, junto con mis mejores y más sinceros votos, como regalo de despedida. Por razones personales, no podré volverte a ver. Adiós y buena suerte.

¡Vaya!

¿Te imaginas?

Así, de sopetón y justo cuando se sentía tan dichosa.

Se acabó el coronel.

Qué terrible golpe.

Lo echaría en falta de mala manera.

La señora Bixby se puso a acariciar despacio la maravillosa piel del abrigo.

Pero no hay mal que por bien no venga.

Con una sonrisa dobló el papel, dispuesta a rasgarlo y arrojarlo por la ventanilla; pero ahí descubrió que había algo escrito en el reverso.

P. D. Bastará con que digas que es un regalo de Navidad de esa tía tuya, tan amable y generosa.

Los labios de la señora Bixby, en ese instante dilatados en amplia y suave sonrisa, se plegaron de golpe, como si fueran de goma.

—¡Pero ése está loco! —exclamó—. La tía Maude no tiene dinero para esto. De ninguna forma podría hacerme un regalo así.

Pero, si no era regalo de la tía Maude, ¿quién podía habérselo regalado?

¡Oh, Dios! Con toda la excitación de encontrarse el abrigo y probárselo, había pasado enteramente por alto ese detalle vital.

Dentro de un par de horas estaría en Nueva York y, diez minutos más tarde, en casa, donde la estaría esperando su marido para saludarla, e incluso un hombre como Cyril, inmerso en un mundo flemoso y oscuro, de canales radiculares, bicúspides y caries, no podría menos de hacer ciertas preguntas si su esposa se le presentaba de pronto, de regreso de un viaje de fin de semana, vestida así, con un abrigo de visón de seis mil dólares.

¿Sabes qué pienso?, se dijo. Pienso que ese condenado coronel ha hecho esto a posta, para torturarme. El sabía perfectamente que la tía Maude no tiene bastante dinero para comprarme esto. Y que yo no podría conservarlo.

Pero la idea de desprenderse ahora de la prenda era más de lo que la señora Bixby podía sufrir.

—¡Necesito tener este abrigo! —exclamó en voz alta—. ¡Necesito tenerlo! ¡Lo necesito!

Está bien, cariño. Tendrás el abrigo. Pero no pierdas la cabeza. Quédate quieta, conserva la calma y ponte a pensar. Tú eres una chica espabilada, ¿verdad? No es la primera vez que le engañas. Ya sabes que el pobre nunca vio mucho más allá de la punta de su sonda de dentista. De manera que quédate totalmente quieta y piensa. Tienes tiempo de sobra.

Dos horas y media más tarde la señora Bixby se apeaba del tren en Pennsylvania Station y se encaminaba a paso rápido hacia la salida. Vestía otra vez su viejo abrigo rojo y en los brazos llevaba la caja de cartón. Le hizo señas a un taxi.

—Dígame —interpeló al conductor—, ¿conoce usted, por aquí cerca, alguna casa de empeños que siga abierta?

El hombre sentado al volante alzó las cejas y la miró con aire divertido.

—Muchas, en la Sexta Avenida —contestó.

—Pues pare en la primera que vea, ¿quiere?

Y entró en el taxi y éste arrancó. Al poco, el coche se detenía ante una tienda sobre cuya puerta pendían tres bolas de latón.

—Espéreme, tenga la bondad —dijo la señora Bixby al taxista antes de apearse y entrar en el comercio.

Encima del mostrador, un gato enorme comía cabezas de pescado, acuclillado ante un platillo blanco. El animal volvió hacia la señora Bixby sus brillantes ojos amarillos y luego apartó la mirada y continuó comiendo. Ella se quedó junto al mostrador, lo más lejos posible del gato, y, a la espera de que acudiesen a atenderla, se dedicó a mirar los relojes, las hebillas para zapatos, los broches de esmalte, los viejos prismáticos, las gafas rotas, las dentaduras postizas. ¿Cómo podía empeñar la gente la dentadura?, se preguntó.

—¿Sí? —dijo el propietario, surgido de un lugar oscuro de la trastienda.

—Oh, buenas noches —repuso la señora Bixby.

Y, mientras ella comenzaba a deshacer el cordelillo que aseguraba la caja, el hombre se acercó al gato y se puso a acariciarle el lomo sin que el animal dejase de comer las cabezas.

—Por más bobo que le parezca —dijo la señora Bixby—, no se me ha ocurrido mejor cosa que perder el billetero, y, siendo sábado, con los bancos cerrados hasta el lunes, es preciso que consiga un poco de dinero para el fin de semana. Es un abrigo de mucho precio, pero no pretendo gran cosa: sólo lo suficiente para arreglarme hasta el lunes, que vendré a desempeñarlo.

El hombre esperó sin decir nada. Pero, cuando ella sacó el visón y dejó que la espesa y magnífica piel cayese sobre el mostrador, alzó las cejas, dejó el gato y se acercó a mirarlo. Levantándolo del mostrador lo sostuvo ante sí.

—Si llevara encima un reloj, o un anillo —continuó la señora Bixby—, sería eso lo que le dejaría. Pero se da el caso de que no tengo a mano más que este abrigo.

Y, para demostrárselo separó y le enseñó los dedos.

—Parece nuevo —dijo el hombre según acariciaba la suave piel.

—Oh, sí, lo es. Pero, como le digo, sólo quiero que me preste lo que necesito hasta el lunes. ¿Qué le parece cincuenta dólares?

—Le prestaré cincuenta dólares.

—Vale cien veces más, pero sé que usted lo cuidará bien hasta que vuelva.

El hombre se acercó a un cajón, sacó una papeleta y la puso sobre el mostrador. Parecía una de esas etiquetas que se atan a las asas de las maletas: igual tamaño y formato y la misma cartulina. Sólo que ésta aparecía perforada por el medio, a fin de poderla partir en dos mitades idénticas.

—¿Nombre?

—Déjelo en blanco. Y la dirección, también. Vio que el hombre se detenía, con la punta de la pluma revoloteando sobre la línea punteada, expectante.

—No es preciso anotar nombre y señas, ¿verdad? El hombre se encogió de hombros y sacudió la cabeza. La punta de la pluma se desplazó al siguiente renglón.

—Lo prefiero así, ¿sabe? —insistió la señora Bixby—. Cosas más.

—En tal caso, será mejor que no pierda la papeleta.

—No lo haré.

—¿Se da cuenta de que cualquiera que se haga con ella puede retirar la prenda?

—Sí, ya lo sé.

—Exhibiendo, sin más, el número.

—Sí, lo sé.

—¿Qué especificación le ponemos?

—Tampoco la ponga, por favor. No es necesario. Señale, sólo, lo que tomo en préstamo.

De nuevo titubeó la pluma, su punta en danza sobre la línea de puntos que seguía a la palabra ARTICULO.

—Creo que habría de poner descripción. Siempre es útil, si quiere uno vender la papeleta. Quién sabe, podría interesarle su venta, en un momento dado.

—No quiero venderla.

—Podría verse en esa necesidad. Le ocurre a muchísima gente.

—Mire —dijo la señora Bixby—, no estoy en apuros económicos, si es eso lo que quiere decir. He perdido el bolso, eso es todo. ¿No lo entiende?

—Pues nada, como usted quiera —dijo el hombre—. Es su abrigo.

Un pensamiento turbador asaltó a la señora Bixby en ese instante.

—Una cosa —dijo—: no llevando descripción la papeleta, ¿quién me asegura a mí que me darán el abrigo, y no otra cosa, cuando vuelva?

—Lo registramos en los libros.

—Pero yo sólo me quedo con un número. O sea que, de hecho, usted podría entregarme lo que quisiera, cualquier pingo, ¿verdad?

—¿Le pongo descripción o no se la pongo? —preguntó el hombre.

—No, confío en usted.

En ambas partes de la papeleta, y junto a la palabra VALOR, el prestamista escribió «cincuenta dólares», hecho lo cual la partió en dos por la línea perforada, empujó sobre el mostrador la parte inferior, se sacó del bolsillo interior de la chaqueta una cartera, extrajo cinco billetes de a diez dólares y dijo:

—El interés es del tres por ciento mensual.

—Sí, muy bien. Y gracias. Me lo cuidará, ¿verdad? El hombre asintió con la cabeza, pero nada dijo.

—¿Quiere que se lo vuelva a guardar en la caja?

—No —respondió.

La señora Bixby dio media vuelta y salió a la calle, donde la esperaba el taxi. Diez minutos más tarde, estaba en casa.

—¿Me has echado de menos, cariño? —le preguntó a su esposo al inclinarse para besarle.

Cyril Bixby dejó el periódico de la noche y consultó su reloj de pulsera.

—Son las seis y doce minutos y medio —dijo—. Llegas un poco tarde, ¿no?

—Ya lo sé. Son esos trenes espantosos. La tía Maude te envía su cariño, como siempre. Me muero por un trago, ¿tú no?

El marido dobló el diario, que, convertido en un esmerado rectángulo, colocó en el brazo del sillón. Seguidamente se puso en pie y se dirigió hacia el aparador. Su esposa, plantada entretanto en medio de la habitación, le miraba atenta, mientras se quitaba los guantes, preguntándose cuánto habría de esperar. El señor Bixby, de espaldas a ella, echaba ginebra en un medidor, la cabeza inclinada sobre el vaso cuyo interior escudriñaba como si fuese la boca de un paciente.

Era divertido lo pequeño que se le antojaba siempre, después de haber estado con el coronel, quien, enorme e hirsuto, de cerca exhalaba un tenue olor a rábanos picantes. Su marido, en cambio, era de corta estatura, huesudo, pulcro, y en verdad no olía a nada, excepto a las pastillas de menta que chupaba a fin de que su aliento resultase grato a los pacientes.

—Mira lo que he comprado para medir el vermut —dijo al tiempo que alzaba una probeta—. *Con* esto puedo afinar al miligramo.

—Cariño, ¡qué ingenioso!

Es preciso que intente hacerle cambiar de forma de vestir, se dijo la señora Bixby. Esos trajes son de una ridiculez indecible. En un tiempo, aquellas levitas suyas, de largas solapas y con seis botones en la delantera, le habían parecido soberbias; pero ahora le resultaban sencillamente absurdas. Lo mismo cabía decir de los pantalones, de perneras estranguladas. Para llevar ropa como aquélla había que tener una cara especial, que Cyril no tenía. La suya era larga, angulosa, de nariz afilada y mandíbula un punto saliente; puesta encima de uno

de aquellos trajes anticuados y ceñidos, parecía una caricatura de Sam Weller, aunque él debía de pensar que parecía Beau Brummel. Lo cierto era que en el consultorio recibía a sus pacientes femeninos con la bata blanca desabrochada, de modo que pudieran entrever las galas que llevaba debajo, ello, a todas luces, en un rebuscado intento de dar cierta impresión de granuja. Pero la señora Bixby estaba al cabo del asunto: sabía que el plumaje era una baladronada, no significaba nada; a ella le hacía pensar en un pavo real que, ya caduco, se contonea medio desplumado en mitad del césped. O en una de esas flores bobas que se autofertilizan, como la diente de león, que no necesita ser fertilizada para implantar su semilla, con lo cual todos sus deslumbradores pétalos amarillos no son sino una pérdida de tiempo, un alarde, un disfraz.

¿Qué nombre le daban los biólogos? Subsexual. La diente de león es subsexual. Como, por lo demás, las larvas estivales de la pulga de agua. Todo esto suena un poco a Lewis Carroll, pensó: pulgas de agua, dientes de león y dentistas.

—Gracias, cielo —dijo al coger el martini y acomodarse en el sofá, el bolso en el regazo—. Y tú, ¿qué hiciste anoche?

—Me quedé en el consultorio terminando unos puentes. Y también puse las cuentas al día.

—En serio, Cyril, creo que ya va siendo hora de que delegues en otros el trabajo pesado. Tú eres demasiado importante para cuidar de esas cosas. ¿Por qué no confías los puentes al mecánico?

—Prefiero hacerlos personalmente. Me enorgullezco mucho de mis puentes.

—Lo sé, cariño; y también que son una auténtica maravilla: los mejores puentes del mundo. Pero es que no quiero que te agotes. Y las cuentas ¿por qué no las despacha esa mujer, la Pulteney? ¿No forma eso parte de su trabajo?

—Sí, las hace ella. Pero los precios tengo que ponérselos yo. Ella no sabe quién es rico y quién no lo es.

—Este martini está perfecto —observó la señora Bixby al depositar el vaso en la mesita auxiliar—. Perfecto de veras. —Y, abriendo el bolso, sacó un pañuelo, como para sonarse—. ¡Oh, mira! —dijo al ver la papeleta—. He olvidado enseñarte lo que encontré en el asiento del taxi que me trajo. Como lleva un número, y pensando que pudiera ser un billete de lotería o algo así, me lo guardé.

Y tendió la pequeña cartulina a su marido, quien, cogiéndola entre los dedos, empezó a examinarla con minucia y desde todos los ángulos, como si fuese un diente sospechoso.

—¿Sabes qué es esto? —dijo pausado.

—No, cariño, no lo sé.

—Una papeleta de empeño.

—¿Una qué?

—Un recibo de un prestamista. Aquí están las señas..., una tienda de la Sexta Avenida.

—Oh, cielo, qué desencanto. Y yo que creí que a lo mejor era un boleto de la lotería.

—Desencanto ¿por qué? —repuso Cyril Bixby—. La verdad es que podría resultar bastante divertido.

—¿En qué sentido, cariño?

El señor Bixby se puso a explicarle con detalle el funcionamiento de las casas de empeño haciendo hincapié en el hecho de que quienquiera que ostentase una papeleta tenía derecho a reclamar lo empeñado.

Después de aguardar pacientemente a que concluyera la conferencia, la señora Bixby le preguntó:

—¿Y tú crees que vale la pena reclamarlo?

—Creo que vale la pena averiguar de qué se trata. ¿Ves esta anotación, de cincuenta dólares? ¿Sabes qué significa?

—No, mi vida, ¿qué significa?

—Significa que el artículo en cuestión es, casi con total seguridad, un objeto de valor.

—¿Quieres decir que valdrá los cincuenta dólares?

—Es más probable que valga quinientos.

—¡Quinientos!

—¿Es que no lo entiendes? Un prestamista nunca da más allá de la décima parte del valor real.

—¡Válgame Dios! No tenía ni idea.

—Hay muchas cosas de las que tú no tienes ni idea, cariño. Escúchame bien. Visto que no se indica ni el nombre ni las señas del propietario...

—Pero por fuerza tiene que haber algo que diga a quién pertenece.

—Nada en absoluto. Es un procedimiento normal. Mucha gente no quiere que se sepa que han acudido a un prestamista. Les da vergüenza.

—Entonces ¿crees que podemos quedarnos la papeleta?

—Claro que sí. Ahora es nuestra.

—Querrás decir mía —replicó la señora Bixby con firmeza—. Fui yo quien la encontró.

—¿Qué más da eso, chiquilla? Lo importante es que esto nos faculta para desempeñarlo cuando queramos, por sólo cincuenta dólares. ¿Qué me dices?

—¡Oh, qué divertido! —exclamó ella—. Me parece tremendamente emocionante, sobre todo no sabiendo de qué se puede tratar. Y podría ser cualquier cosa, ¿verdad, Cyril? ¡Lo más impensable!

—Desde luego, aunque será, casi sin duda, o bien un anillo, o bien un reloj.

—Pero ¿no sería maravilloso si se tratase de un auténtico tesoro? Quiero decir, una verdadera antigüedad, como un portentoso jarrón antiguo, o una estatua romana.

—Imposible saber de qué se trata, cariño. No nos queda más remedio que esperar y enterarnos.

—¡Me parece de todo punto fascinante! Dame la papeleta, que el lunes iré corriendo, a primera hora, a averiguar.

—Será mejor, creo, que lo haga yo.

—¡Oh, no! —exclamó ella—. ¡Déjame a mí!

—No lo veo oportuno. Lo recogeré yo, camino del trabajo.

—¡Pero la papeleta es mía! Déjame a mí, Cyril, por favor. ¿Por qué acaparar tú la diversión?

—No conoces a esos prestamistas, pequeña. Te expones a que te estafen.

—No me dejaré estafar, de veras que no. Dámela, por favor.

—Además, hay que disponer de cincuenta dólares —agregó sonriente—. Para que te lo entreguen, hay que darles cincuenta dólares en metálico.

—Creo que los tengo.

—Si no te importa, preferiría que esto no lo trataras tú.

—Pero, Cyril, la papeleta la encontré yo. Es mía. Lo que avale, sea lo que fuere, me pertenece, ¿no es así?

—Claro que te pertenece, cariño. No hace falta que te sulfures de esa forma.

—Si no me sulfuro. Es, simplemente, la agitación.

—Supongo que no se te ha ocurrido que podría tratarse de algo por completo masculino: un reloj de bolsillo, por ejemplo, o una botonadura. Las casas de empeño no las visitan sólo mujeres, ¿sabes?

—En tal caso, será mi regalo de Navidad —dijo la señora Bixby magnánima—. Me encantará. Pero, si resulta un artículo femenino, lo quiero para mí. ¿Estamos de acuerdo?

—Me parece muy justo. ¿Por qué no me acompañas cuando pase a recogerlo?

La señora Bixby estuvo a punto de avenirse a eso, pero se contuvo a tiempo. No tenía el menor deseo de que el prestamista la saludase delante de su marido como a una antigua parroquiana.

—No —respondió pausada—, no creo que lo haga. Es que, verás, la cosa resulta aún más emocionante si me quedo a esperar. Oh, confío que no será algo que no nos interese a ninguno de los dos.

—Que también es posible —replicó él—. Si me parece que no vale los cincuenta dólares, no lo retiro.

—Pero tú me dijiste que valdría quinientos.

—Y estoy seguro de ello. No te preocupes.

—¡Oh, Cyril, me muero de impaciencia! ¿No es apasionante?

—Es divertido —repuso él conforme deslizaba la papeleta en el bolsillo de su chaleco—, de eso no hay duda.

Llegó por fin la mañana del lunes y, concluido el desayuno, la señora Bixby acompañó a su marido a la puerta y le ayudó a ponerse el abrigo.

—No trabajes demasiado, cielo —le dijo.

—No, descuida.

—¿De vuelta a las seis?

—Eso espero.

—¿Tendrás tiempo de ir donde ese prestamista? —indagó ella.

—Dios mío, lo había olvidado por completo. Tomaré un taxi e iré ahora. Me coge de camino.

—No habrás perdido la papeleta, ¿verdad?

—Espero que no —dijo el esposo al tiempo que se palpaba el bolsillo del chaleco—. No: aquí está.

—¿Y llevas dinero suficiente?

—Más o menos.

—Cariño —dijo ella según se le acercaba para enderezarle la corbata, que estaba perfectamente derecha—, si por casualidad fuese algo bonito, algo que en tu opinión pudiera gustarme, ¿me telefonearás así que llegues al consultorio?

—Si insistes...

—¿Sabes?, no dejo de confiar en que sea algo para ti, Cyril. Lo preferiría, con mucho, a que la afortunada fuera yo.

—Eres muy generosa, cariño. Y ahora debo apresurarme.

Cosa de una hora más tarde, cuando sonó el teléfono, la señora Bixby cruzó con tal precipitación la sala, que antes de concluir el primer timbrado ya había descolgado el auricular.

—¡Lo tengo! —exclamó su marido.

—¡De veras! Oh, Cyril, ¿qué es? ¿Algo bueno?

—¿Bueno? —gritó él—. ¡Es fantástico! ¡Espera a vértelo delante! ¡Te vas a desmayar!

—Cariño, ¿de qué se trata? ¡Dímelo ya!

—Desde luego, eres una chica con suerte.

—¿O sea que es para mí?

—Por supuesto que lo es. Aunque ni que me aspen comprenderé cómo demonios pudieron empeñar eso por cincuenta dólares. Alguien que está mal de la cabeza.

—¡Cyril, basta, me tienes sobre ascuas! ¡No lo soporto!

—Cuando lo veas, enloquecerás.

—¿Qué es?

—Intenta adivinarlo.

La señora Bixby hizo una pausa. Cuidado, dijo para sí. Mucho cuidado ahora.

—Un collar —tanteó.

—Frío.

—Un anillo de brillantes.

—Ni siquiera templado. Te daré una pista. Es algo que te puedes poner.

—¿Algo que me puedo poner? ¿Algo como un sombrero, quieres decir?

—No, no es un sombrero —respondió él riendo.

—¡Por amor del cielo, Cyril! ¿Por qué no me lo dices?

—Porque quiero que sea una sorpresa. Te lo llevaré esta noche, cuando regrese.

—¡Ni hablar de eso! —gritó ella—. ¡Ahora mismo salgo hacia ahí a buscarlo!

—Preferiría que no lo hicieras.

—No seas tan tonto, tesoro. ¿Por qué no puedo ir?

—Porque estoy demasiado ocupado. Echarás a rodar todo mi programa de la mañana. Ya llevo media hora de retraso.

—Entonces pasaré a la hora del almuerzo. ¿De acuerdo?

—No voy a almorzar. Oh, está bien: pásate a la una y media, mientras tomo un emparedado. Adiós.

A la una y media en punto, la señora Bixby llegaba al lugar de trabajo del señor Bixby y llamaba al timbre. Le abrió su propio esposo, vestido con su blanca bata de dentista.

—¡Oh, Cyril, estoy tan excitada!

—Y no es para menos. ¿Sabes que eres una chica con suerte? Y la condujo pasillo adelante hacia el gabinete.

—Vaya usted a almorzar, señorita Pulteney —dijo a su ayudante, ocupada en colocar instrumental en el esterilizador—. Puede terminar eso cuando regrese. —Y, tras esperar a que la joven se hubiera retirado, cruzó hacia el armario donde solía guardar la ropa, se detuvo frente a él, lo señaló con un dedo y dijo—: Está ahí. Y ahora... cierra los ojos.

La señora Bixby obedeció. Hizo una profunda inspiración, la contuvo y en el silencio que siguió a eso oyó el ruido de la puerta que su marido abría y, luego, el suave susurro que produjo al extraer una prenda que rozó con las demás cosas allí colgadas.

—¡Listo! ¡Ya puedes mirar!

—No me atrevo —dijo ella riendo.

—Vamos. Un atisbo.

Remisa, comenzando a reír entre dientes, alzó un párpado, pero sólo una fracción de centímetro, justo lo suficiente para captar la borrosa imagen del hombre de la bata blanca que, en pie en el mismo lugar, sostenía algo en alto.

—¡Visión! —exclamó su marido—. ¡Auténtico visión!

Al conjuro de la mágica palabra, abrió de golpe los ojos, al tiempo que se abalanzaba en aquella dirección, para estrechar el abrigo entre los brazos.

Pero no había abrigo ninguno. Había, sólo, un pequeño ridículo cuello de piel colgado, balanceándose, en la mano de su marido.

—¡Regálate la mirada! —añadió él agitándole aquello delante de la cara.

La señora Bixby se llevó una mano a la boca y comenzó a retroceder. Voy a ponerme a gritar, dijo para sí. Sé que voy a ponerme a gritar.

—¿Qué te ocurre, cariño? ¿Acaso no te gusta? Dejó de agitar la piel y se quedó mirando de hito en hito a su esposa, a la espera de que dijese algo.

—Pues claro... —balbuceó ella—. Creo... me parece... preciosa de verdad.

—¿A qué te ha dejado sin respiración por un momento?

—Sí, así es.

—Magnífica calidad —comentó él—. Y muy bonito color. ¿Sabes qué pienso, cariño? Que, si la hubieras de comprar en una tienda, una pieza como ésta te costaría doscientos o trescientos dólares, como mínimo.

—No lo dudo.

Lo que tenía delante eran las pieles, sarnosas se hubiera dicho, de dos visones con cabeza y todo, con cuentas de vidrio en el lugar de los ojos, y garras pequeñas y colgantes. Uno tenía en la boca el trasero del otro, que se lo mordía.

—Anda —continuó él—, pruébatelo. —Y, adelantándose, le puso aquello formando ropaje alrededor del cuello y retrocedió un paso, para admirar el efecto—. Es perfecto. Te sienta de maravilla. No todas las mujeres tienen pieles de visón, cariño.

—Desde luego.

—Mejor que no te lo pongas para ir a comprar, o van a pensar que somos millonarios y empezarán a cobrarnos el doble en todo.

—Intentaré tenerlo presente, Cyril.

—Lo siento, pero no cuentes con ninguna otra cosa para Navidad. Ya supondrás que cincuenta dólares es más de lo que tenía pensado gastar.

Dándole la espalda se dirigió a la pila y se puso a lavarse las manos.

—Y ahora, andando, cariño, a hacer un buen almuerzo. Me hubiera gustado acompañarte, pero tengo en la salita al viejo Gorman esperando, se le ha roto un gancho de la dentadura.

La señora Bixby se encaminó hacia la puerta.

Mataré a ese prestamista, decía para sus adentros. Saliendo de aquí me voy derecho a la tienda, le echaré esta porquería de cuello en mitad de la cara y, como se niegue a devolverme el abrigo, le mato.

—¿Te he dicho que regresaría tarde esta noche? —le preguntó Cyril Bixby, que seguía lavándose las manos.

—No.

—Según pintan las cosas en este momento, no será antes de las ocho y media. O incluso las nueve.

—Sí, está bien. Adiós.

La señora Bixby salió dando un portazo.

En ese preciso momento, la señorita Pulteney, la secretaria-ayudante, pasó como flotando a su lado, corredor adelante, apresurada por el almuerzo.

—Un día soberbio, ¿verdad? —comentó con una sonrisa deslumbradora la joven al darle alcance.

Caminaba con cadencia, envuelta en un suave hálito de perfume, y parecía, ni más ni menos, una reina. Una reina vestida con el precioso abrigo de visón negro que el coronel había regalado a la señora Bixby.

* Grito del cazador cuando avista la zorra. (*N. del T.*)

LA SUBIDA AL CIELO

La señora Foster había sufrido toda su vida un miedo casi patológico a perder trenes, aviones, barcos, y hasta telones, en los teatros. Aunque en otros aspectos no era una mujer particularmente nerviosa, la sola idea de llegar con retraso en ocasiones como las enumeradas la ponía en un estado de excitación tal que le daban espasmos. No era cosa de mucha importancia: un pequeño músculo que se le agarrotaba en la esquina del ojo izquierdo, como un guiño secreto. Lo enojoso, sin embargo, era que la contracción se negaba a desaparecer hasta cosa de una hora después de alcanzado sin novedad el tren, o el avión, o lo que hubiera de tomar.

Es realmente extraordinario el que un temor suscitado por algo tan simple como perder un tren pueda, en ciertas personas, convertirse en una seria obsesión. Media hora antes, como mínimo, de que se hiciese necesario partir hacia la estación, la señora Foster salía del ascensor lista para marchar, con el sombrero y el abrigo puestos, y a continuación, de todo punto incapaz de sentarse, comenzaba a trajinar y agitarse de

habitación en habitación, hasta que su marido, que no podía ignorar el estado en que se encontraba, emergía por fin de sus aposentos y en tono seco, desapasionado, señalaba que tal vez fuera hora de ponerse en marcha, ¿no?

Es posible que el señor Foster estuviese en su derecho de irritarse ante esa simpleza de su esposa; lo que resultaba inexcusable era que acrecentase su desazón haciéndola esperar sin necesidad. Cosa que, ¡cuidado!, ni siquiera se hubiera podido demostrar, aunque medía tan bien su tiempo cuando quiera que habían de ir a alguna parte —ya me entienden: sólo uno o dos minutos de retraso—, y su actitud era tan suave, que se hacía difícil creer que no buscara infligir una pequeña pero abominable tortura personal a la pobre señora. Y si algo le constaba, es que ella no se habría atrevido por nada del mundo a levantar la voz y pedirle que se apresurase: la tenía demasiado bien disciplinada para eso. Otra cosa que sin duda había de saber era que, llevando la demora incluso más allá del límite de lo prudencial, podía ponerla al borde de la histeria. Una o dos veces, en los últimos años de su vida de casados, casi había parecido que deseara perder el tren, con el único fin de intensificar el sufrimiento de la infeliz.

Supuesta la culpabilidad del marido (que tampoco puede darse por cierta), lo que hacía doblemente irrazonable su actitud era el hecho de que, exceptuada esa pequeña flaqueza incorregible, la señora Foster era y había sido en todo momento una esposa bondadosa y amante que por espacio de más de treinta años le había servido con competencia y lealtad. A ese respecto no había duda alguna: incluso ella, con ser una mujer muy modesta, así lo veía. Y, por mucho que llevase años rechazando la idea de que el señor Foster quisiera atormentarla deliberadamente, a veces, en los últimos tiempos, habíase sorprendido a sí misma en el umbral de la sospecha.

El señor Eugene Foster, que frisaba los setenta años, vivía con su esposa en Nueva York, en la Calle Sesenta y Dos Este, en una casona de seis plantas atendida por cuatro sirvientes. El lugar era sombrío y recibían pocas visitas. Ello no obstante, la casa había cobrado vida aquella particular mañana de enero y el trajín era mucho. Mientras una de las doncellas repartía por las habitaciones montones de sábanas con que proteger los muebles contra el polvo, otra las colocaba. El mayordomo transportaba a la planta baja maletas que dejaba en el zaguán. El cocinero subía una y otra vez de sus dependencias, para consultar con el mayordomo. Y la señora Foster, por su parte, vestida con un anticuado abrigo de pieles y tocada con un sombrero negro, volaba de una a otra habitación fingiendo vigilar todas aquellas operaciones, cuando lo único que en realidad ocupaba su pensamiento era la idea de que, como su esposo no saliese pronto de su estudio y se aprestara, iba a perder el avión.

—¿Qué hora es, Walker? —preguntó al mayordomo al cruzarse con él.

—Las nueve y diez, señora.

—¿Ha llegado ya el coche?

—Sí, señora, está esperando. Ahora mismo me disponía a cargar el equipaje.

—Se tarda una hora en llegar a Idlewild —dijo ella—. Mi avión despegará a las once. Y debo estar allí con media hora de antelación, para los trámites. Llegaré tarde. Sé que llegaré tarde.

—Creo que tiene tiempo de sobras, señora —dijo con amabilidad el mayordomo—. Ya he señalado al señor Foster que habían de marchar a las nueve y cuarto. Aún quedan cinco minutos.

—Sí, Walker, ya lo sé, ya lo sé. Pero cargue rápido el equipaje, ¿quiere?

Se puso a dar vueltas por el zaguán, y, cuantas veces se cruzaba con el mayordomo, le preguntaba la hora. Aquél, se decía una y otra vez, era el único avión que no podía perder. Le había costado meses persuadir a su marido de que la dejase marchar. Y, si ahora perdía el avión, no era difícil que él resolviese que debía dejarlo todo en suspenso. Y lo peor era su insistencia en ir a despedirla al aeropuerto.

—Dios mío —exclamó en voz alta—, voy a perderlo. Lo sé, lo sé; sé que voy a perderlo.

El pequeño músculo situado junto al ojo izquierdo le daba ya unos tirones locos, y los ojos en sí los tenía al borde de las lágrimas.

—¿Qué hora es, Walker?

—Las nueve y dieciocho, señora.

—¡Ya es seguro que lo pierdo! —lamentóse—. Oh, ¿por qué no aparecerá de una vez?

Era aquél un viaje importante para la señora Foster. Iba a París, sola, a visitar a su hija, su única hija, casada con un francés. A la señora Foster no le importaba gran cosa el francés, pero a su hija le tenía mucho cariño, y, sobre todo, la consumía el anhelo de ver a sus tres nietos, a quienes sólo conocía por las muchas fotos que de ellos había recibido y que no dejaba de exponer por toda la casa. Eran preciosas aquellas criaturas. Loca por ellas, en cuanto llegaba una nueva fotografía se la llevaba donde pudiera examinarla largo rato buscando con cariño en sus caritas indicios satisfactorios de aquel aire de familia que tanto significaba para ella. Por último, en fechas recientes, cada vez la asaltaba con mayor frecuencia el sentimiento de que no deseaba terminar sus días donde no pudiese estar cerca de sus niños, recibir sus visitas, llevarlos de paseo, comprarles regalos y verlos crecer. Sabía, a buen seguro, que en cierto modo no estaba bien, e incluso que era una deslealtad alentar pensamientos semejantes estando todavía vivo su esposo. Tampoco ignoraba que, por más que ya no desarrollase actividades en ninguna de sus múltiples empresas, él jamás consentiría en dejar Nueva York para instalarse en París. Ya era un milagro que se hubiese avenido a permitirle hacer sola el vuelo y pasar allí seis semanas de visita. Pero, aun así, ¡ah, cómo le hubiera gustado poder vivir siempre cerca de sus nietos!

—Walker, ¿qué hora es?

—Y veintidós, señora.

Mientras eso decía, abrióse una puerta y en el zaguán apareció el señor Foster, que se detuvo a mirar con intensidad a su esposa. También ella fijó los ojos en aquel anciano diminuto, pero todavía apuesto y gallardo, que con su inmensa cara barbuda tan asombroso parecido guardaba con las viejas fotografías de Andrew Carnegie.

—Bueno —dijo—, creo que no estará de más, si quieres alcanzar ese avión, que nos vayamos poniendo en marcha.

—Sí, cariño, sí. Todo está a punto. Y el coche, esperando.

—Perfecto —dijo él ladeando la cabeza y observándola con atención.

Tenía una curiosa manera de ladear la cabeza, la cual se veía además sometida a una serie de sacudidas, breves y rápidas. A causa de ello, y también porque se estrujaba las manos sostenidas en alto, casi a nivel del pecho, plantado allí tenía cierto aspecto de ardilla..., una viva, ágil y vieja ardilla escapada del Central Park.

—Ahí tienes a Walker con tu abrigo, cariño. Póntelo.

—En seguida estaré contigo —replicó él—. Es sólo lavarme las manos.

Ella se quedó aguardando flanqueada por el alto mayordomo, portador del sombrero y abrigo.

—¿Lo perderé, Walker?

—No, señora —respondió el mayordomo—. Creo que llegará perfectamente.

Luego reapareció el señor Foster y el mayordomo le ayudó a ponerse el abrigo. La señora Foster salió presurosa de la casa y montó en el Cadillac alquilado. Su esposo la siguió, pero bajando con lentitud la escalinata que llevaba a la calle y deteniéndose, todavía en los peldaños, para estudiar el cielo y olisquear el frío aire de la mañana.

—Parece un poco brumoso —observó conforme se acomodaba en el coche junto a ella—. Y allí, por el lado del aeropuerto, siempre empeora. No me sorprendería que ya hubiesen suspendido el vuelo.

—No digas eso, cariño, por favor.

No volvieron a hablar hasta que el coche hubo cruzado el río, camino de Long Island.

—Ya me he puesto de acuerdo con el servicio —dijo el señor Foster—. Marcharán todos hoy. Les he liquidado seis semanas a razón de media paga, y a Walker le he dicho que cuando volvamos a necesitarlos le enviaré un telegrama.

—Sí —replicó ella—. Ya me lo ha contado.

—Yo me trasladaré al club esta noche. Alojarse allí será una novedad agradable.

—Sí, cariño. Y yo te escribiré.

—Pasaré por casa de vez en cuando, para recoger el correo y cerciorarme de que todo está en orden.

—¿De veras no crees preferible que Walker se quede allí, al cuidado de todo, mientras estemos fuera? —preguntó ella sumisa.

—Qué tontería. Es del todo innecesario. Y, además, le tendría que pagar el sueldo completo.

—Oh, sí —dijo ella—. Claro está.

—Y, por otra parte, nunca se sabe lo que se le puede ocurrir a la gente cuando se la deja sola en una casa —proclamó el señor Foster, que sacó ahí un cigarro cuya punta hendió con un cortapuros de plata antes de encenderlo con un mechero de oro.

Ella guardó silencio, las manos unidas y crispadas bajo la manta de viaje.

—¿Me escribirás? —indagó.

—Ya veremos. Aunque lo dudo. Ya sabes que no soy de escribir cartas, como no tenga algo concreto que decir.

—Sí, ya lo sé, cariño. Entonces, no te molestes en hacerlo.

Seguían avanzando, ahora por el Queen's Boulevard, hasta que, al alcanzar las llanas marismas en que se asienta el aeropuerto de Idlewild, la niebla empezó a espesarse y el coche hubo de reducir la marcha.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora Foster—. Ahora sí que lo pierdo. ¡Estoy segura! ¿Qué hora es?

—Basta ya de alboroto —protestó el anciano—. Además, es en vano: ya tienen que haberlo suspendido. Jamás vuelan con un tiempo semejante. No sé ni por qué te has tomado la molestia de ponerte en camino.

Aunque no estaba segura de ello, le pareció que su voz cobraba repentinamente un tono nuevo, y volvió la cabeza, para mirarle. Era difícil, con aquel pelambre, apreciar en su rostro cambios de expresión. La boca era la clave de todo, y, como tantas otras veces, habría dado cualquier cosa por distinguirla claramente, pues a no ser que estuviera enfurecido, los ojos rara vez traslucían nada.

—De todas formas —prosiguió el señor Foster—, te doy la razón: si por casualidad se efectuase el vuelo, ya lo tienes perdido. ¿Por qué no te rindes a la evidencia?

Apartó de él la mirada y la volvió hacia la ventanilla. La niebla parecía espesarse conforme adelantaban, y ahora sólo el borde de la carretera y la orilla de la pradera que empezaba más allá le resultaban visibles. Sabía que su esposo continuaba mirándola. A una nueva ojeada advirtió, con una especie de horror, que ahora tenía fija la vista en el rabllo de su ojo izquierdo, en aquella pequeña zona donde sentía los tirones del músculo.

—¿O no es así? —insistió él.

—¿Qué?

—Que ya tienes perdido el vuelo, si es que lo hay. Con esta basura en el aire, no podemos correr.

Dicho eso, no volvió a dirigirle la palabra. El coche continuó su dificultoso avance, auxiliado el conductor por el foco amarillo que tenía orientado hacia el arcén. Otros focos, algunos blancos, algunos amarillos, surgían continuamente de la niebla, en dirección opuesta, y uno, sobremanera brillante, no dejaba de seguirlos a corta distancia.

De repente, el chofer paró el coche.

—¡Ya está! —exclamó el señor Foster—. Atascados. Ya lo sabía.

—No, señor —dijo el chofer al tiempo que volvía la cabeza—. Lo hemos conseguido. Estamos en el aeropuerto.

La señora Foster se apeó sin decir palabra y entró presurosa en el edificio por su puerta principal. El interior estaba repleto de gente, en su mayoría pasajeros que asediaban, desolados, los despachos de billetes. La señora Foster se abrió paso como pudo y se dirigió al empleado.

—Sí, señora —dijo éste—. Su vuelo está aplazado, por el momento. Pero no se marche, por favor. Contamos con que el tiempo aclare en cualquier instante.

La señora Foster salió al encuentro de su marido, que continuaba en el coche, y le transmitió la información.

—Pero no te quedes, cariño —añadió—. No tiene sentido.

—No pienso hacerlo —replicó él—, siempre y cuando el chofer pueda devolverme a la ciudad. ¿Podrá usted, chofer?

—Eso creo —dijo el hombre.

—¿Ya ha bajado el equipaje?

—Sí, señor.

—Adiós, cariño —se despidió la señora Foster, e inclinó el cuerpo hacia el interior del coche y besó brevemente a su esposo en el áspero pelambre gris de la mejilla.

—Adiós —contestó él—. Que tengas buen viaje.

El coche arrancó y la señora Foster se quedó sola.

El resto del día fue una especie de pesadilla para ella. Sentada hora tras hora en el banco que más cerca quedaba del mostrador de la línea aérea, a cada treinta minutos, o cosa así, se levantaba para preguntar al empleado si había cambiado la situación. La respuesta era siempre la misma: debía continuar la espera, pues la niebla podía disiparse en cualquier momento. Hasta que, por fin, a las seis de la tarde, los altavoces anunciaron que el vuelo quedaba aplazado hasta las once de la mañana siguiente.

La señora Foster no supo qué hacer al recibir la noticia. Continuó en su asiento, por lo menos durante otra media hora, preguntándose, cansada y como confusa, dónde podría pasar la noche. Dejar el aeropuerto le disgustaba en grado sumo. No quería ver a su esposo. Le aterraba que consiguiese, con algún subterfugio, impedirle el viaje a Francia. Ella se hubiera quedado allí, en aquel mismo banco, toda la noche. Le parecía lo más seguro. Pero estaba agotada, y tampoco le costó comprender que, en una señora de su edad, aquel proceder sería ridículo. En vista de ello, terminó por buscar un teléfono y llamar a su casa.

Respondió su esposo en persona, a punto ya de salir hacia el club. Después de comunicarle las noticias, le preguntó si continuaba allí la servidumbre.

—Han marchado todos —contestó él.

—Siendo así, buscaré en cualquier sitio una habitación donde pasar la noche. Pero no te inquietes por eso, cariño.

—Sería una bobada —replicó él—. Tienes toda una casa a tu disposición. Úsala.

—Pero es que está *vacía*, mi vida.

—Entonces, me quedaré a acompañarte.

—Pero no hay comida ahí. No hay nada.

—Pues cena antes de volver. No seas tan necia, mujer. De todo tienes que hacer un alboroto.

—Sí —respondió ella—. Lo siento. Tomaré un emparedado aquí y me pondré en camino.

Fuera, la niebla había aclarado un poco; pero, aun así, el regreso en el taxi fue largo y lento, y ya era bastante tarde cuando llegó a la casa de la Calle Sesenta y Dos.

Su marido emergió de su estudio al oírla entrar.

—Y bien —dijo plantado junto a la puerta—, ¿qué tal ha resultado París?

—Salimos a las once de la mañana. Está confirmado.

—Será si se disipa la niebla, ¿no?

—Ya empieza. Se ha levantado viento.

—Se te ve cansada. Tienes que haber tenido un día tenso.

—No fue demasiado agradable. Creo que me voy directamente a la cama.

—He encargado un coche. Para las nueve de la mañana.

—Oh, muchas gracias, cariño. Y espero que no volverás a tomarte la molestia de hacer todo ese viaje, para despedirme.

—No, no creo que lo haga —dijo él despacio—. Pero nada te impide dejarme, de paso, en el club.

Le miró y en aquel momento se le antojó muy lejano, como al otro lado de una frontera, súbitamente tan pequeño y distante, que no podía determinar qué estaba haciendo, ni qué pensaba, ni tan siquiera quién era.

—El club está en el centro —observó ella—: no queda camino del aeropuerto.

—Pero tienes tiempo de sobras, esposa mía. ¿O es que no quieres dejarme en el club?

—Oh, sí, claro que sí.

—Magnífico. Entonces, hasta mañana, a las nueve.

La señora Foster se encaminó a su alcoba, situada en el segundo piso, y' tan exhausta estaba tras aquella jornada, que se durmió apenas acostarse.

A la mañana siguiente, habiendo madrugado, antes de las ocho y media estaba ya en el *zaguán*, lista para marchar. Su marido apareció minutos después de las nueve.

—¿Has hecho café? —preguntó a su esposa.

—No, cariño. Pensé que tomarías un buen desayuno en el club. El coche ya ha llegado y lleva un rato esperando. Yo estoy lista para marchar.

La conversación la celebraban en el *zaguán* —últimamente parecía como si todos sus encuentros ocurriesen allí—, ella con el abrigo y el sombrero puestos, y el bolso en el brazo, y él con una levita de curioso corte y altas solapas.

—¿Y el equipaje?

—Lo tengo en el aeropuerto.

—Ah, sí. Claro está. Bien, si piensas dejarme primero en el club, mejor será que nos pongamos cuanto antes en camino, ¿no?

—¡Sí! —exclamó ella—. ¡Oh, sí, por favor!

—Sólo el tiempo de coger unos cigarrillos. En seguida estoy contigo. Monta en el coche.

Ella dio media vuelta y salió al encuentro del chofer, que le abrió la puerta del coche al verla acercarse.

—¿Qué hora es? —le preguntó la señora Foster.

—Alrededor de las nueve y cuarto.

El señor Foster salió de la casa cinco minutos más tarde. Viéndole descender despacio la escalinata, advirtió ella que, enfundadas en aquellos estrechos pantalones, sus piernas parecían patas de chivo. Como hiciera la víspera, se detuvo a medio camino, para olisquear el aire y estudiar el cielo. Aunque no había despejado por completo, un amago de sol perforaba la bruma.

—A lo mejor tienes suerte esta vez —comentó él conforme se instalaba a su lado en el coche.

—Dése prisa, por favor —dijo ella al chofer—. Y no se preocupe por la manta de viaje. Yo la extenderé. Arranque, se lo ruego. Voy con retraso.

El conductor se acomodó frente al volante y puso en marcha el motor.

—¡Un momento! —exclamó de pronto el señor Foster—.

Aguarde un instante, chofer, tenga la bondad.

—¿Qué ocurre, cariño? —indagó ella según le observaba registrarse los bolsillos del abrigo.

—Tenía un pequeño regalo que darte, para Ellen. Vaya, ¿dónde diablos estará? Estoy seguro de que lo llevaba en la mano al bajar.

—No he visto que llevases nada. ¿Qué regalo era?

—Una cajita, envuelta en papel blanco. Ayer olvidé dártela y no quiero que hoy ocurra lo mismo.

—¡Una cajita! —exclamó la señora Foster—. ¡Yo no he visto ninguna cajita!

Y se puso a rebuscar con desespero en la parte trasera del coche.

Su marido, que estaba examinándose los bolsillos del abrigo, desabrochó éste y comenzó a palpase la levita.

—Maldita sea —dijo—, debo de haberla olvidado en el dormitorio. No tardo ni un minuto.

—¡Oh, déjalo, por favor! —clamó ella—. ¡No tenemos tiempo! Puedes enviárselo por correo. Después de todo, no será más que una de esas dichosas peinetas, que es lo que siempre le regalas.

—¿Y qué tienen de malo las peinetas, si puede saberse? —inquirió él, furioso de que, por una vez, su esposa hubiera perdido los estribos.

—Nada, cariño. ¿Qué van a tener de malo? Sólo que...

—¡Quédate aquí! —le ordenó—. Voy a buscarla.

—De prisa, te lo ruego. ¡Oh, date prisa, por favor! Se quedó quieta en el asiento, espera que esperarás.

—¿Qué hora es, dígame? —preguntó al conductor. El hombre consultó su reloj de pulsera.

—Casi las nueve y media, diría yo.

—¿Podremos llegar al aeropuerto en una hora?

—Más o menos.

Ahí, de pronto, la señora Foster descubrió, trabado entre asiento y respaldo, en el lugar que había ocupado su esposo, el borde de un objeto blanco. Alargó la mano y tiró de él. Era una cajita envuelta en papel e insertada allí, observó a su pesar, honda y firmemente, como por intervención de una mano.

—¡Aquí está! —exclamó—. ¡La he encontrado! ¡Oh, Dios mío, y ahora se eternizará allí arriba buscándola! Chofer, por favor, corra usted a avisarle, ¿quiere?

Aunque todo aquello le tenía bastante sin cuidado, el hombre,- dueño de una boca irlandesa, pequeña y rebelde, saltó del coche y subió los peldaños que daban acceso a la puerta principal. Pero en seguida se volvió y deshizo el camino.

—Está cerrada —declaró—. ¿Tiene llave?

—Sí... aguarde un instante.

La señora Foster se puso a registrar el bolso como loca. Un visaje de angustia contraía su pequeña cara, donde los labios, prietos, sobresalían como un pico de cafetera.

—¡Ya la tengo! Tome. No, déjelo: iré yo misma. Será más rápido. Yo sé dónde encontrarle.

Salió presurosa del coche y presurosa subió la escalinata, la llave en una mano. Introdujo aquélla en la cerradura y, a punto de darle vuelta, se detuvo. Irguió la cabeza y así se quedó, totalmente inmóvil, toda ella suspendida justo en mitad de aquel precipitado acto de abrir y entrar, y esperó. Esperó cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez segundos. Viéndola plantada allí, la cabeza muy derecha, el cuerpo tan tenso, se hubiera dicho que acechaba la repetición de algún ruido percibido antes y procedente de un lejano lugar de la casa.

Sí: era indudable que estaba a la escucha. Toda su actitud era de escuchar. Parecía, incluso, que acercase más y más a la puerta la oreja. Pegada ésta ya a la madera, durante unos segundos siguió en aquella postura: la cabeza alta, el oído atento, la mano en la llave, a punto de abrir, pero sin hacerlo, intentado en cambio, o eso parecía, captar y analizar los sonidos que le llegaban, vagos, de aquel lejano lugar de la casa.

Luego, de golpe, como movida por un resorte, volvió a cobrar vida. Retirada la llave de la cerradura, descendió los peldaños a la carrera.

—¡Es demasiado tarde! —gritó al chofer—. No puedo esperarle. Imposible. Perdería el avión. ¡De prisa, de prisa, chofer!

¡Al aeropuerto!

Es posible que, de haberla observado con atención, el chofer hubiese advertido que, la cara totalmente blanca, toda su expresión había cambiado de repente. Exentos ahora de aquel aire un tanto blando y bobo, sus rasgos habían cobrado una singular dureza. Su pequeña boca, de ordinario tan floja, se veía prieta y afilada; los ojos le fulgían; y la voz cuando habló, tenía un nuevo tono, de autoridad-

—¡Dése prisa, dése usted prisa!

—¿No marcha su marido con usted? —preguntó el hombre, atónito.

—¡Desde luego que no! Sólo iba a dejarlo en el club. Pero no importa. El lo comprenderá. Tomará un taxi. Pero no se me quede ahí, hablando, hombre de Dios. ¡En marcha! ¡Tengo que alcanzar el avión a París!

Acuciado por la señora Foster desde el asiento trasero, el hombre condujo de prisa todo el camino y ella consiguió tomar el avión con algunos minutos de margen. Al poco, sobrevolaba muy alto el Atlántico, cómodamente retrepada en su asiento, atenta al zumbido de los motores, y camino, por fin, de París. Imbuida aún de su nuevo talante, sentíase curiosamente fuerte y, en cierta extraña manera, maravillosamente. Todo aquello la tenía un poco jadeante; pero eso era debido, más que nada, al pasmo que le inspiraba lo que había hecho; y, conforme el avión fue alejándose más y más de Nueva York y su Calle Sesenta y Dos Este, una gran serenidad comenzó a invadirla. Para su llegada a París, se sentía tan sosegada y entera como pudiese desear.

Conoció a sus nietos, que en persona eran aún más adorables que en las fotografías. De puro hermosos, se dijo, parecían ángeles. Diariamente los llevó a pasear, les ofreció pasteles, les compró regalos y relató cuentos maravillosos.

Una vez por semana, los jueves, escribía a su marido una carta simpática, parlanchina, repleta de noticias y chismes, que invariablemente terminaba con el recordatorio de: «Y no olvides comer a tus horas, cariño, aunque me temo que, no estando yo presente, es fácil que dejes de hacerlo.»

Expiradas las seis semanas, todos veían con tristeza que hubiese de volver a América, y a su esposo. Todos, es decir, excepto ella misma, que no parecía, por sorprendente que ello fuera, tan contrariada como hubiera cabido esperar. Y, según se despedía de unos y otros con besos, tanto en su actitud como en sus palabras, parecía apuntar la posibilidad de un regreso no distante.

Con todo, y haciendo honor a su condición de esposa fiel, no se excedió en su ausencia. A las seis semanas justas de su llegada, y tras haber cableografiado a su esposo, tomó el avión a Nueva York.

A su llegada a Idlewild, la señora Foster advirtió con interés que no había ningún coche esperándola. Es posible que eso incluso la divirtiera un poco. Pero, sosegada en extremo, no se excedió en la propina al mozo que le había conseguido un taxi tras llevarle el equipaje.

En Nueva York hacía más frío que en París y las bocas de las alcantarillas mostraban pegotes de nieve sucia. Cuando el taxi se detuvo ante la casa de la Calle Sesenta y Dos, la señora Foster consiguió del chofer que le subiese los dos maletones a lo alto de la escalinata. Después de pagarle, llamó al timbre. Esperó, pero no hubo respuesta. Sólo por cerciorarse, volvió a llamar. Oyó el agudo tintineo que sonaba en la despensa, en la trasera de la casa. Nadie, sin embargo, acudió a la puerta.

En vista de ello, la señora Foster sacó su llave y abrió.

Lo primero que vio al entrar fue el correo amontonado en el suelo, donde había caído al ser echado al buzón. La casa estaba fría y oscura. El reloj de pared aparecía envuelto aún en la funda que lo protegía del polvo. El ambiente, pese al frío, tenía una peculiar pesadez, y en el aire flotaba un extraño olor dulzón como nunca antes lo había percibido.

Cruzó a paso vivo el zaguán y desapareció nuevamente por la esquina del fondo, a la izquierda. Había en esa acción algo a un tiempo deliberado y resuelto; tenía la señora Foster el aire de quien se dispone a investigar un rumor o confirmar una sospecha. Y cuando regresó, pasados unos segundos, su rostro lucía un pequeño viso de satisfacción.

Se detuvo en mitad del zaguán, como reflexionando qué hacer a continuación, y luego, súbitamente, dio media vuelta y se dirigió al estudio de su marido. Encima del escritorio encontró su libro de direcciones, y, tras un rato de rebuscar en él, levantó el auricular y marcó un número.

—¿Oiga? —dijo—. Les llamo desde el número nueve de la Calle Sesenta y Dos Este... Sí, eso es. ¿Podrían enviarme un operario cuanto antes? Sí, parece haberse parado entre el segundo y el tercer piso. Al menos, eso señala el indicador... ¿En seguida? Oh, es usted muy amable. Es que, verá, no tengo las piernas como para subir tantas escaleras. Muchísimas gracias. Que usted lo pase bien.

Y, después de colgar, se sentó ante el escritorio de su marido, a esperar paciente la llegada del hombre que en breve acudiría a reparar el ascensor.